

CHARLOT



Director y Propietario M. NAVARRETE

SEMANARIO

FESTIVO

Año II.-Núm. 53

Barcelona 24 de Febrero de 1917

20 céntimos

HUMORADA

CHARLOTESCA



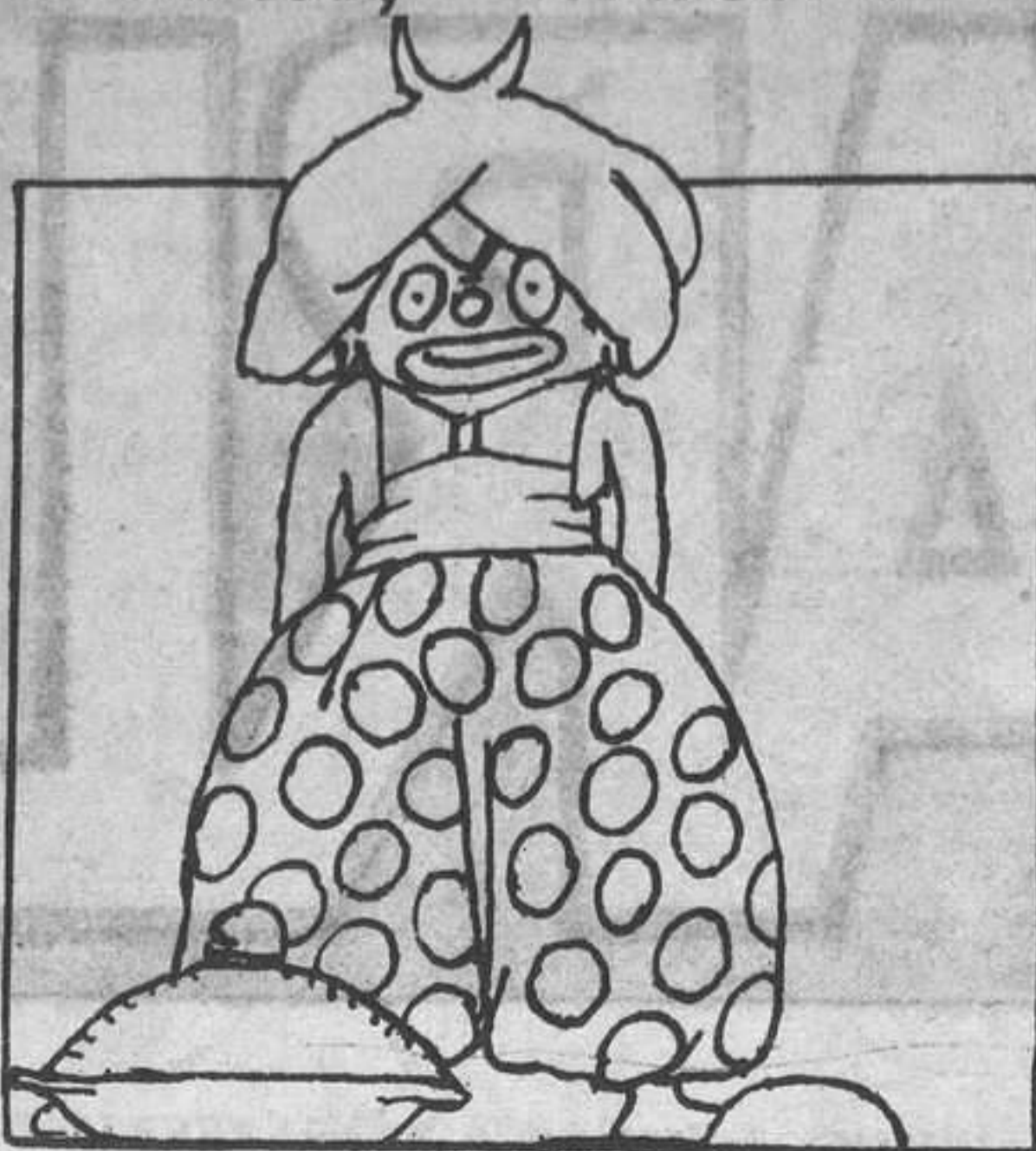
Hoy cumple un año cabal
que apareció el Semanario
y por ser mi aniversario
me presento tan formal,
(pues ya soy muy crecídito)
para hacer a mis lectores
los consabidos honores.
¿Verdad que estoy muy bonito?

Navarrete

Si miras atrás, mucho verás, por Papin



Chino Coco es un chico que algo tiene de borrico.



Este moro en cambio es Misto que se pasa ya de listo.



Berrinche se llama el can muy tuno, como verán.



—A ver Coco si adivinas lo que traigo en este plato.

(Berrinche).—Pues huelo a crema si no me engaña el olfato.



—Serán nabos? serán coles lo que puedes ahí llevar?

—Ay, Coquito, me parece que no vas a adivinar.



Si no es esto, será poco lo que lleves por ahí.

PAPIN

¡Re-Mahoma! Que mi cena ha dejado de existir.

MI ANIVERSARIO

Todo está igual; parece que fué ayer...

Nací hace un año (entiéndase que habla CHARLOT periódico y no el famoso pelicularo). Nací hace un año y todo sigue lo mismo, menos yo, que estoy cada vez más contento de la vida.

Porque la existencia para mí, es de lo más grata que ustedes se pueden figurar.

Y no crean ustedes que nací de pie, como vulgarmente se dice.

Nada de eso.

Nací tendido, o mejor dicho, *extendido*, como nacen todos los periódicos.

Mi madre fué Navarrete, que me concibió y me dibujó con su peculiar gracejo; y, claro, resulté un niño tan bonito, que en todas partes me colaba como Pedro por su casa.

Y, vean ustedes lo que son las cosas:

Hay un refrán castellano que se dice cuando se trata de vengarse de alguien: «En manos de chiquillos te veas».

Este refrán se ha estrellado conmigo.

Yo me veo en manos de chicos continuamente, y cada vez estoy más satisfecho.

¡Y eso que me dan cada tijeretazo!

A veces me recortan un pasatiempo y, lejos de dolerme la herida, les ayudo a que lo descifren para que se ganen el premio que se les ofrece.

Otras me pegan en la pared y me contemplan curiosos, como si fuera el santo de su devoción, y siempre estoy doblado y calentito dentro de un bolsillo y, a veces, entre la sabrosa merienda de mi dueño.

¿Quieren ustedes mejor vida?

Está por la primera vez que me hayan mirado con enfado.

Siempre veo sonrisas y nunca lágrimas,

Y no es que yo valga mucho. no, señores. Está muy lejos de mí la idea de ponerme moños.

Valgo, ... una *perra gorda*, casi nada, y por tan insignificante cantidad, proporciono la alegría entre la gente menuda, y hasta en la que piensa más alto... ¡Soy tan simpático!... ¡Soy tan gracioso!...

Solo una vez, en la corta vida que llevo, he estado a punto de entristecerme.

Fué un día del mes pasado.

Estaba yo columpiándome, colgado en un kiosco de la calle de Aribau, cuando se acercó un chiquillo, con la cara algo mostosa, pero de aspecto simpático, como todos los chicos.

Primero me miró la cubierta, después me levantó la primera hoja y me miró la historieta del centro; después se sonrió, se decidió, y abriendo una mano donde tenía aprisionada una moneda de diez céntimos, exclamó:

—¡CHARLOT!

El tío del kiosco me pegó un tirón de las patas y me entregó al comprador, diciendo al propio tiempo:

—¡Tomal Es el último...

El chico me cogió con cariño y apretó a correr, ocultándose debajo de su chaqueta.

Después miró a uno y otro lado con cierto

recelo, terminando por ocultarse en un portal.

¡Qué gozo el suyo entonces!

¡Con qué cuidado me desdobló y me puso sobre sus rodillas!...

Y empezó la sabrosa lectura... y siguieron las sonrisas... las francas carcajadas y, por último, cuando más entusiasmado estaba, le dieron un pescozón que le hicieron meter las narices en la sección de *Pasatiempos*.

La pobre criatura levantó la cabeza y se quedó aterrada.

Mirándolo fijamente, y con los brazos en jarra, estaba su madre.

—¿Has almorzado ya?—le preguntó.

El chico no supo buscar la contestación.

La madre continuó:

—Ya lo veo, grandísimo cochino. En vez del almuerzo has comprado este papelucho.

Miren ustedes: Al verme tratado de este modo, me dieron intenciones de saltar de la primera plana y sacarle los ojos a aquella deslenguada.

—¡Venga ese papel!—gritó la mujer.

¡No quiero, no quiero... es mi CHARLOT!

—¿Tu CHARLOT? Ya te lo diré yo en llegando a casa.

Ya en la casa del chico, creí llegada mi última hora, porque el padre, enterado de lo que ocurría, me arrebató de las manos de mi amigo y se metió en su cuarto.

Un rato después reía a carcajadas y salía con mi persona muy satisfecho.

—¡Pascuala!—dijo a su mujer,—da de almorzar al chico y no le vuelvas a pegar cuando compre CHARLOT.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Que yo lo quiero leer también todas las semanas.

Y de nuevo fui a parar al chico, quien me besó efusivamente.

Este ha sido el único rato desagradable que he proporcionado en el año que llevo de vida.

Lo demás, todo alegría, satisfacción, dichas.

Si me hablan de la guerra, me hago el sordo, pues ya sé que se están matando en las trincheras.

Pero, ¿quién les ha mandado que vayan?

¿Tengo yo la culpa del trastorno europeo?

Pues si yo no tengo la culpa ni me he metido en nada, ¿a que sembrar tristezas y rencores?

Nada queridos amigos. Continuaré tranquilo, y procuraré llenar de alegría los corazones.

¿Que los alimentos suben? Ya bajarán; o haced lo que yo hago: no comer.

Me paso la vida riendo y haciendo reír.

Y a las patatas que las parta un rayo. Y a las penas, *puñaladas*...

Y viva mi mamá Navarrete y viva por muchos años mi persona.

¡Un año de vida! ¡Ahí es nada!

Sí, señores; hoy es un día feliz para mí. Soy un año más viejo, pero conservo en proporción la gracia y las ganas de hacerles reír.

Con firme apretón de manos les saluda su amigo

CHARLOT.

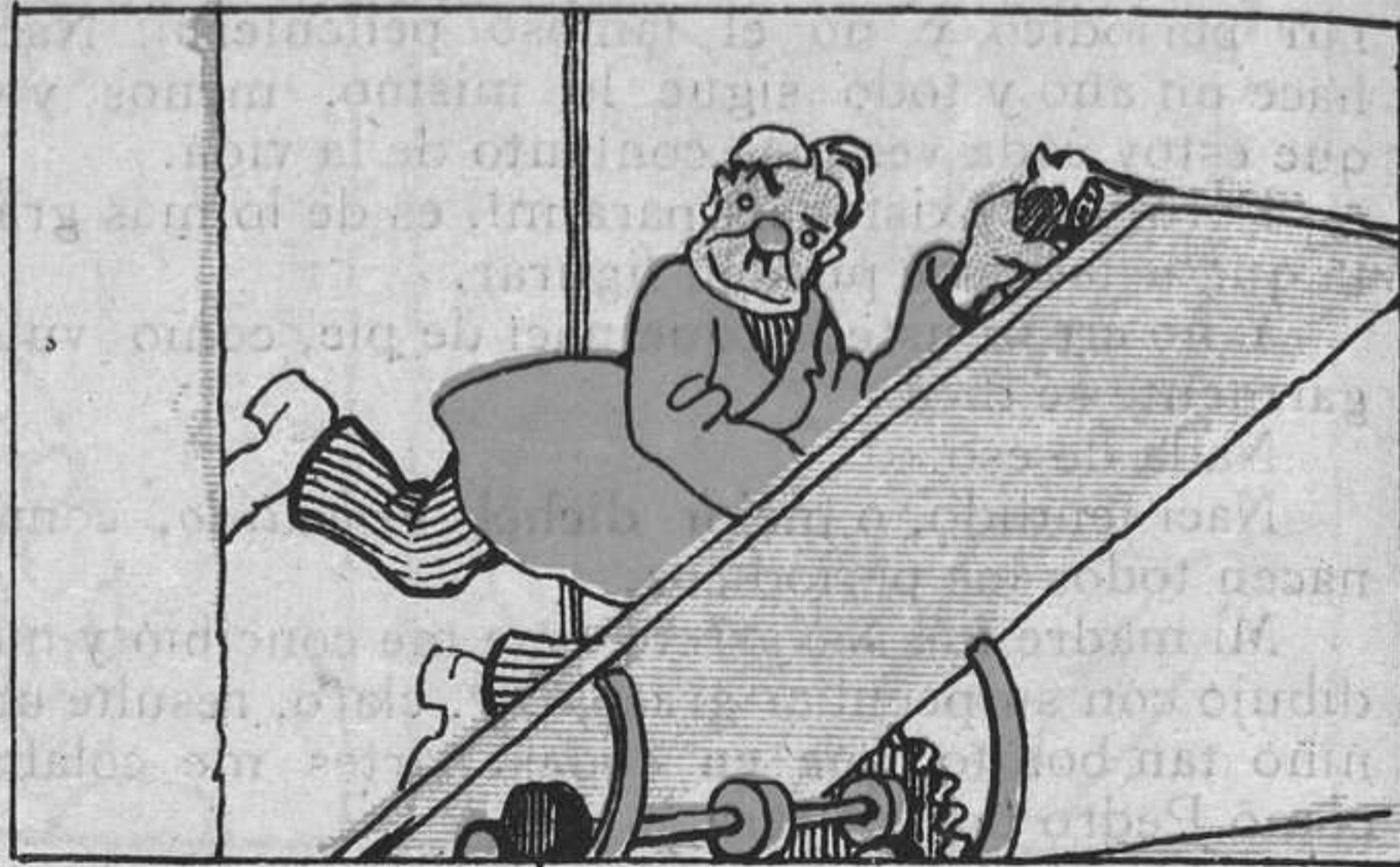
Por la copia, JOAQUÍN ARQUÉS



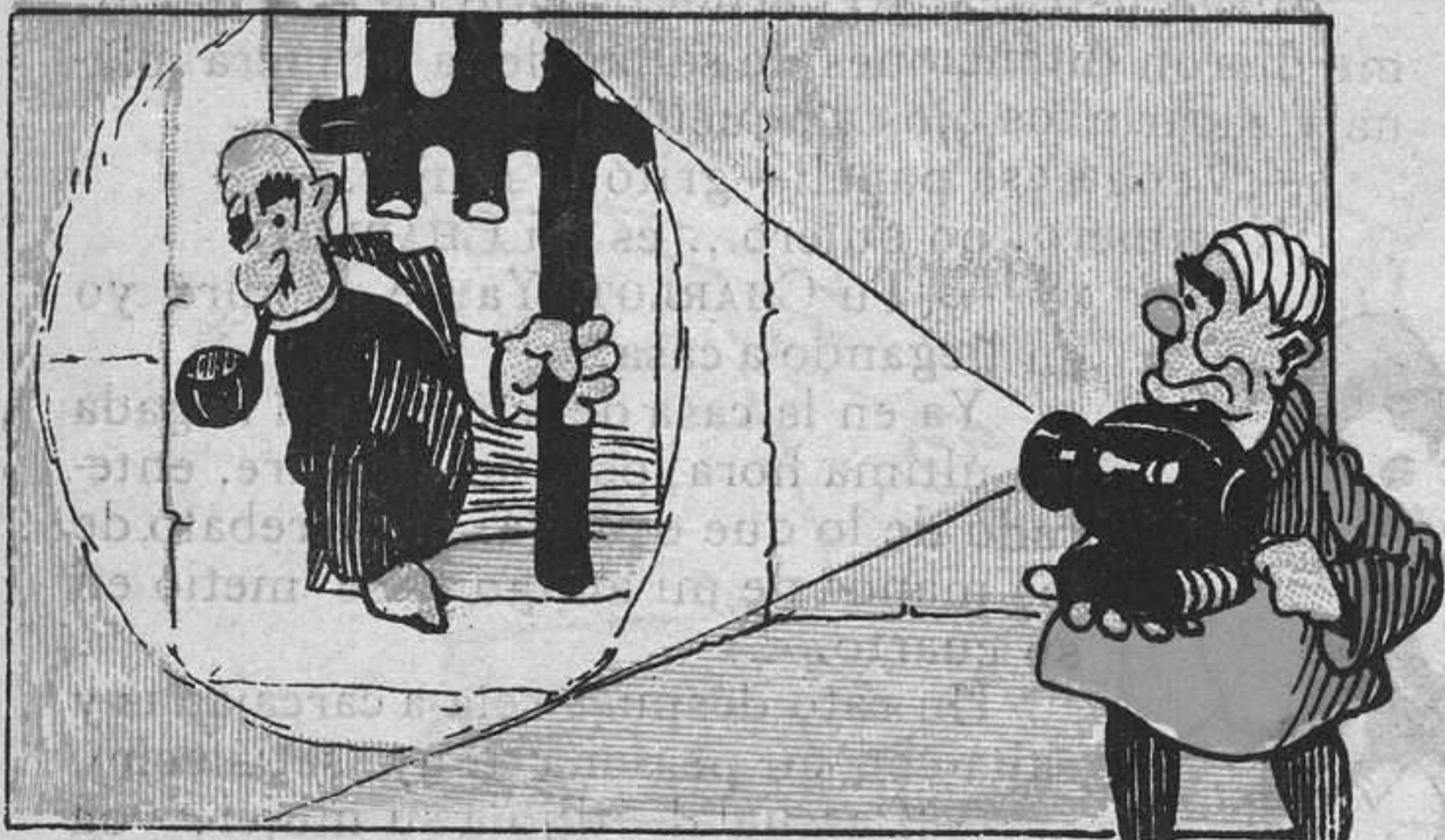
KEISTONE Y



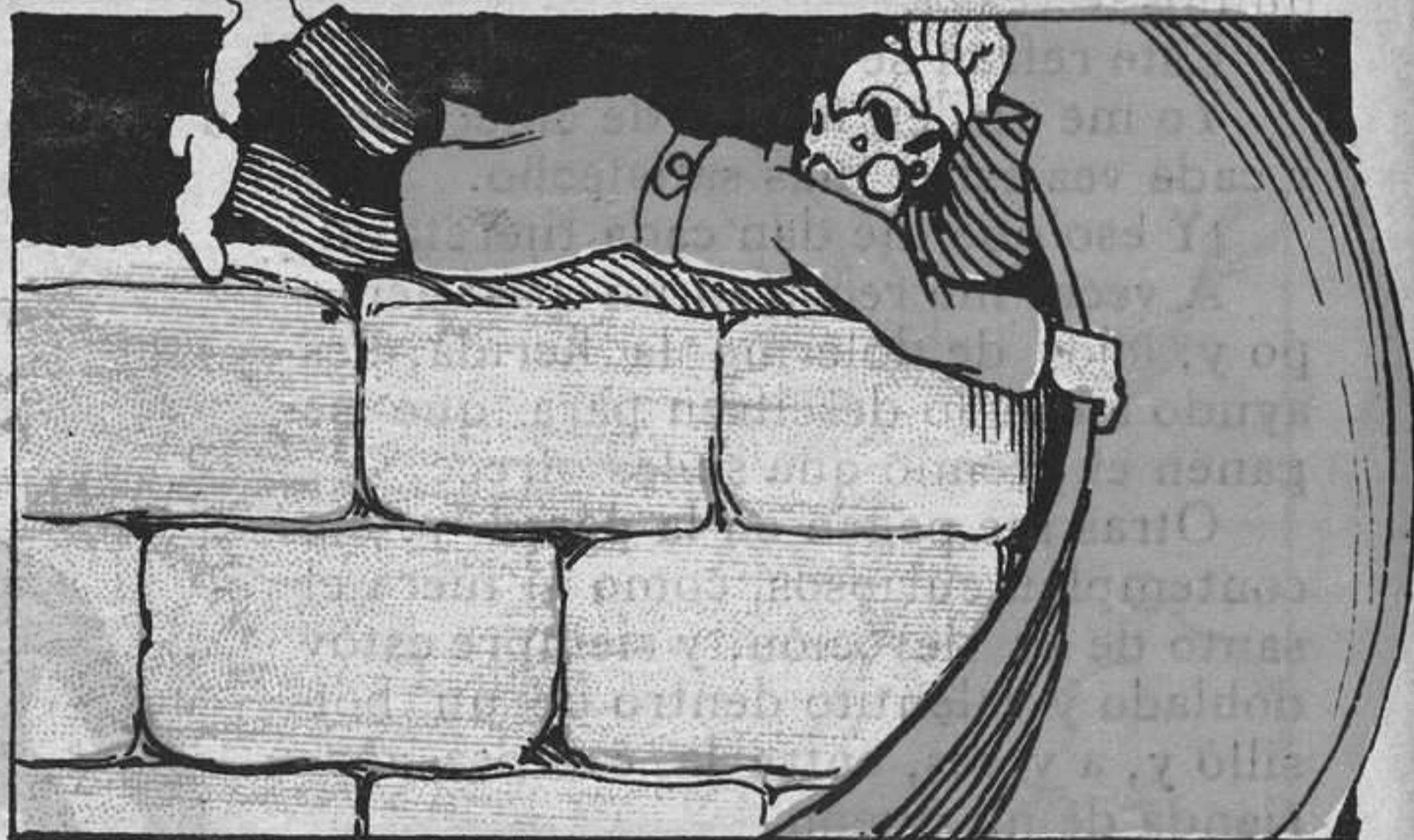
Intranquilo Tragavientos por la tardanza de su maestro y sospechando que alguna cosa imprevista le detenía, decidió ir en su ayuda, y para ello se puso a registrar la habitación buscando una salida.



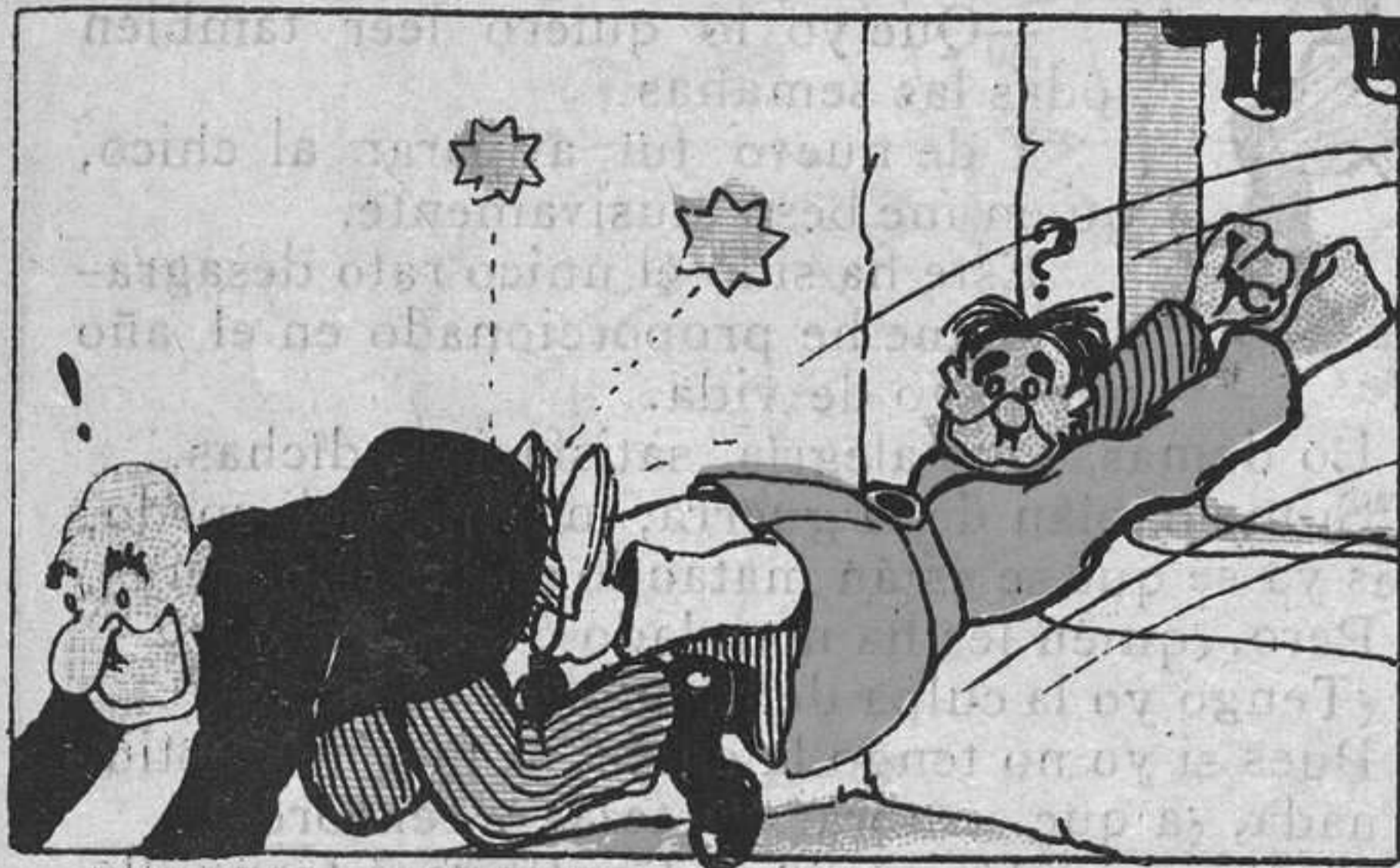
Y habiendo tocado inopinadamente un resorte que había muy disimulado, vió con asombro, que cediendo parte de la pared, era trasladado como por encanto, a la pieza contigua.



No estaba su ánimo para pasar el tiempo viendo habitaciones desalquiladas, y queriendo saber de una vez donde se encontraba Cocoliche, echó mano a su chaleco, y sacando del bolsillo un aparatito que él denominaba con el nombre de *cinelectromagnocultisdescubridor*, pudo enseguida saber a que atenerse.



Sin pérdida de tiempo, siguió un largo corredor que encontró hacia la derecha y valiéndose de los intersticios del muro, pudo llegar hasta el tobogán por donde antes había pasado Cocoliche.



Inmediatamente salió disparado como una bala, hasta que sus botas fueron a chocar contra el *emisferio sur* de su maestro. Este, no sabiendo a que obedecía tan inesperado ataque...



se volvió de pronto, y reconociendo que el del achuchón era su amigo Tragavientos, salieron decididos con ánimo de exterminar a toda la banda de salchicheros.



Y entrando de improviso en la guarida de los apaches, cayeron como una bomba sobre aquellos desalmados. ¡Allí fué Troya! ¡Que de gritos, mordiscos y estacazos! Mientras Tragavientos machacaba sin darse punto de reposo, el portátil 42 de Cocoliche disparaba sin cesar, y aquello era peor que la guerra europea. Hubo apache, que al verse sin cabeza, huyó medio alocado, y a estas horas aún debe estar corriendo.

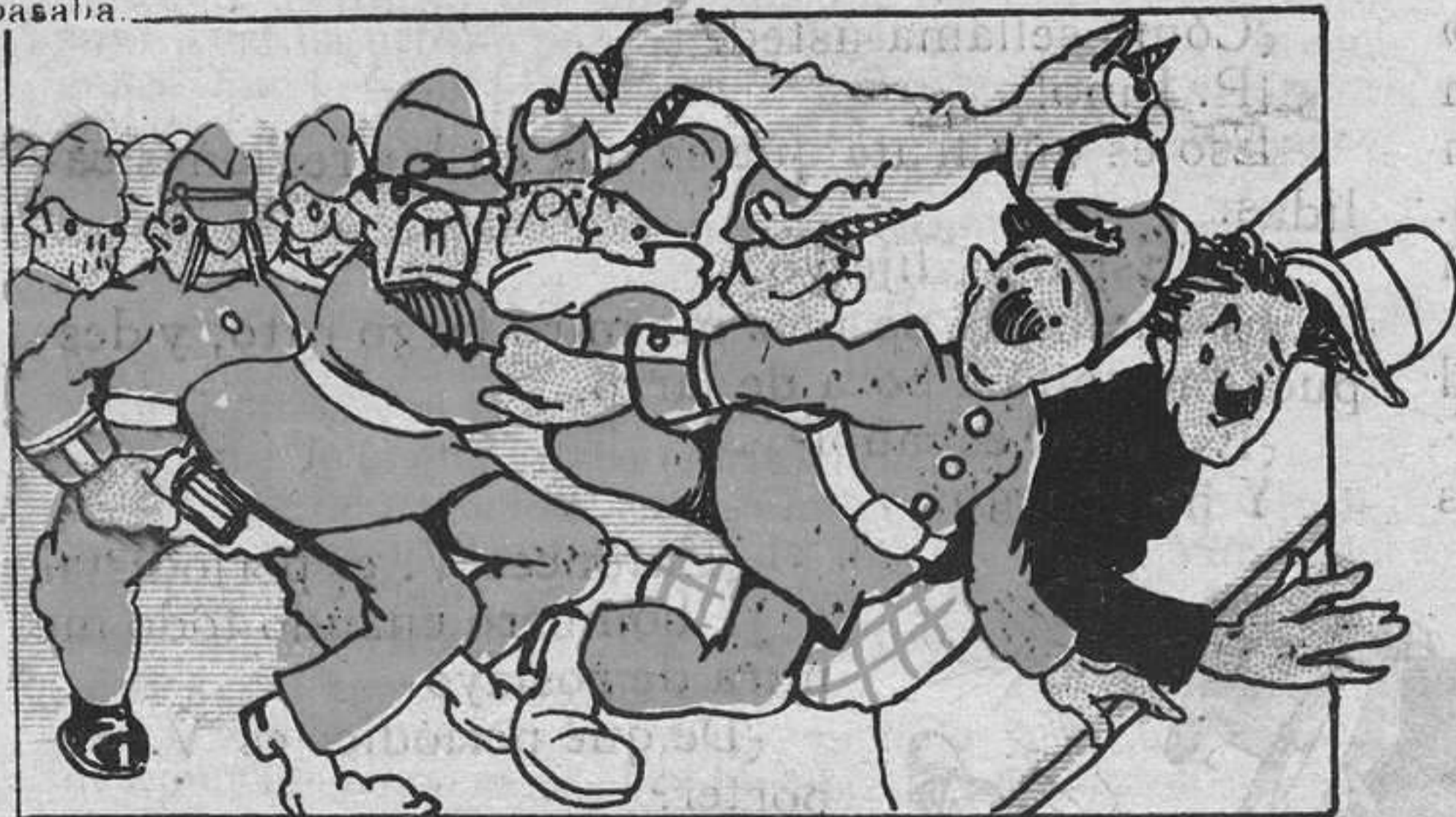
SUS MISTERIOS



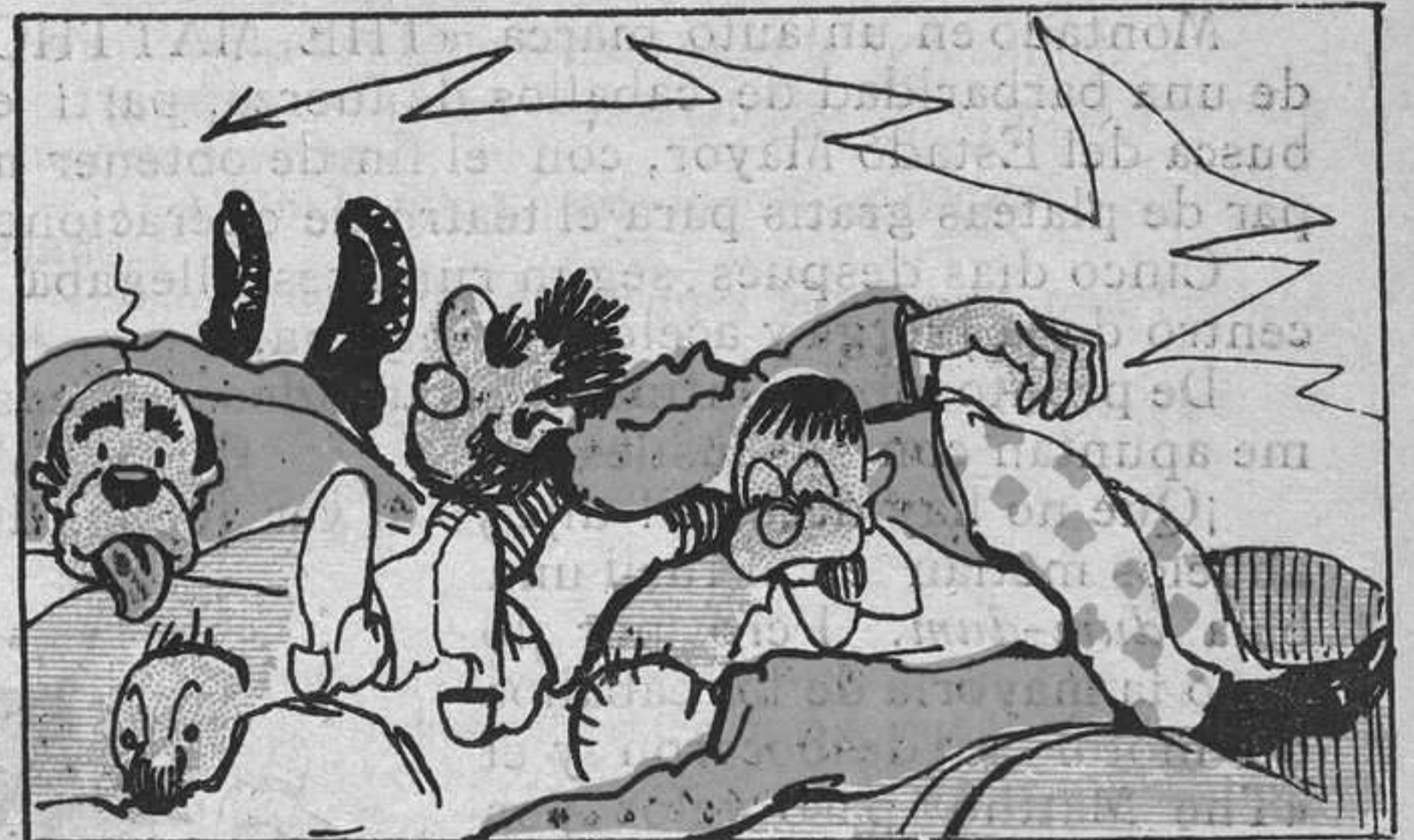
En medio de aquella matanza, se le ocurrió a Tragavientos, pedir refuerzos, y sacando del bolsillo el nuevo aparato (sin hilos) *Pontleloj-junttoaloydoysabraslokettedigo* que en alemán quiere decir teléfono, al poco rato comunicaba con el insigne Charlot, explicándole lo que pasaba.



Dos minutos después, Charlot, al frente de medio millón de policías, entraban estrepitosamente en los misteriosos sótanos donde se desarrollaba la terrible hecatombe.



Aquella avalancha fué terrible. Puertas y tabiques caían a su paso, y si la batalla de los unos era horripilante, la invasión de los otros no era nienos temible.



Pero cuando llegaron los policías era ya demasiado tarde! pues Cocoliche con sus rayos *equiscentellofulmielectricocosquilleantes* había exterminado a todos los bandoleros.



Mas, de pronto, y en el preciso momento en que Cocoliche se disponía a cantar victoria, unas formidables tenazas aprisionaron al rey de los detectives...



al mismo tiempo que una invisible trampa se tragaba a Charlot con toda su gente.—¿Y Tragavientos?—Qué había sido de él?



Pues sencillamente, armándose de valor, se había escondido detrás de una cortina, y después de 94 horas de observación vió que una sombra misteriosa recorría con mucha insistencia la estancia, como aquel que ha perdido dos pesetas.



Entonces tuvo una luminosísima idea. A sus pies tenía una trampa (de aquellas que no se pagan), la abrió, y a los pocos momentos caía de cabeza abajo el misterioso fantasma.

Un corresponsal de CHARLOT

EN LA GUERRA

El reporter del semanario CHARLOT P. Pino, nos envía unas notas muy curiosas (no tienen manchas) sobre la gran guerra Europea.

Dice así:

«Cuando recibí la orden de marchar al campo de operaciones me encontraba almorzando unas sopas de leche, mi alimento matutino. ¡Quieren creer que casi no las terminé! Eso que por las sopas de leche soy capaz de llegar al envenenamiento.

A las diez de la mañana me dispuse a partir hacia los lugares de la guerra, y por lo que pudiera tronar o estallar, me ajusté una hermosa camiseta de cemento armado.

Montado en un auto marca «THE MATTHO» de una barbaridad de caballos de fuerza, partí en busca del Estado Mayor, con el fin de obtener un par de plateas gratis para el teatro de operaciones.

Cinco días después según rumores, llegaba al centro de la juerga y aceleré la marcha.

De pronto dos centinelas avanzados de edad me apuntan con sus fusiles.

¡Qué no hay derecho! dije yo al ver que los dos abuelos metían en el fusil una bala *dum-dum*. Pero por lo visto la mayoría de los caballos del motor se desbocaron y el «The Mattho» pasó veloz por entre los centinelas, a los cuales no les debió chocar el *choque* pues ni siquiera se quedaron parados.

Los pobres creyeron sin duda que yo y mi auto oficiábamos de viático, se arrodillaron en tierra y me tiraron unas cuantas salvas en mi honor, sin duda alguna los faroles son contrabando de guerra, pues de los tres que llevaba no quedó ni la torcida.

¡Caray con los centinelas!

Después buscando más espacio para mis hazañas, según dijo Tenorio, me lancé a toda marcha hacia las trincheras.

Allí me quedé estupefacto, no había ni una rata ¿estarían de vacaciones?

Me asomé por encima de unos sacos de arena y cuando menos lo esperaba ¡Zas! un cepo que estaba allí para cazar gorilas, pues las proporciones no eran menos, me oprimió entre sus garras de acero.

¡Repebetero! exclamé yo, pero notando que el cepo oprimía más de lo necesario, grité con todas las fuerzas de mis pulmones.

¿Quién hay por aquí?

Una cara que parecía la de un carbonero asomó por la empalizada y chilló. ¡Compañeros ya cayó un francés!

Me libertaron del cepo maldito y todos me miraban con ojos como corbeteras.

¿Qué mirais?

Y el que parecía el jefe dijo en pura lengua francesa.

¿V. no morirse?

Y entonces comprendí claro como una clara de huevo. Me había salvado gracias a la camiseta de cemento armado.

Si lo saben la que se arma.

Después me querían hacer servir de blanco a mí y a mi auto de sus balas, vamos me querían fusilar.

Y yo «inocente corderillo» no quería.

Se formó un jurado para juzgarme.

¿Es usted un perro francés?

No señor, no soy perro.

¡Se le acusa de espía!

Mal acusado, contesté.

¿Cómo sellama usted?

¡P. Pino!

Eso es una fruta que se cría en las regiones cálidas.

En España, lije yo.

El que hacía de juez me miró largo rato, y después me soltó a boca de jarro.

¿Es usted español?

Y manchego.

¿Entonces V. es periodista?

¡Y bombero cuando todo me mira de soslayo.

¿De qué periódico es V. reporter?

De Charlot.

Decir esto y llenarme de besos el rostro todo fué uno, después me condecoraron con la cruz de hierro, (por cierto que

ahora está convertida en mechero), tocó la música y me extendieron un salvoconducto acompañado de una tarjeta para medio litro de cerveza.

Después monté en mi «The Mattho» y lancéme a toda marcha con rumbo a las trincheras italianas.

Cuando me encontraba en un paraje solitario me apeé para hacer una necesidad en un árbol próximo, cuando de súbito sentí por la altura 15'12 una de gritos que metían miedo al lucero del alba.

Y cuando los gritos se sintieron más claros oí que cantaban el alirón todos los soldados italianos.

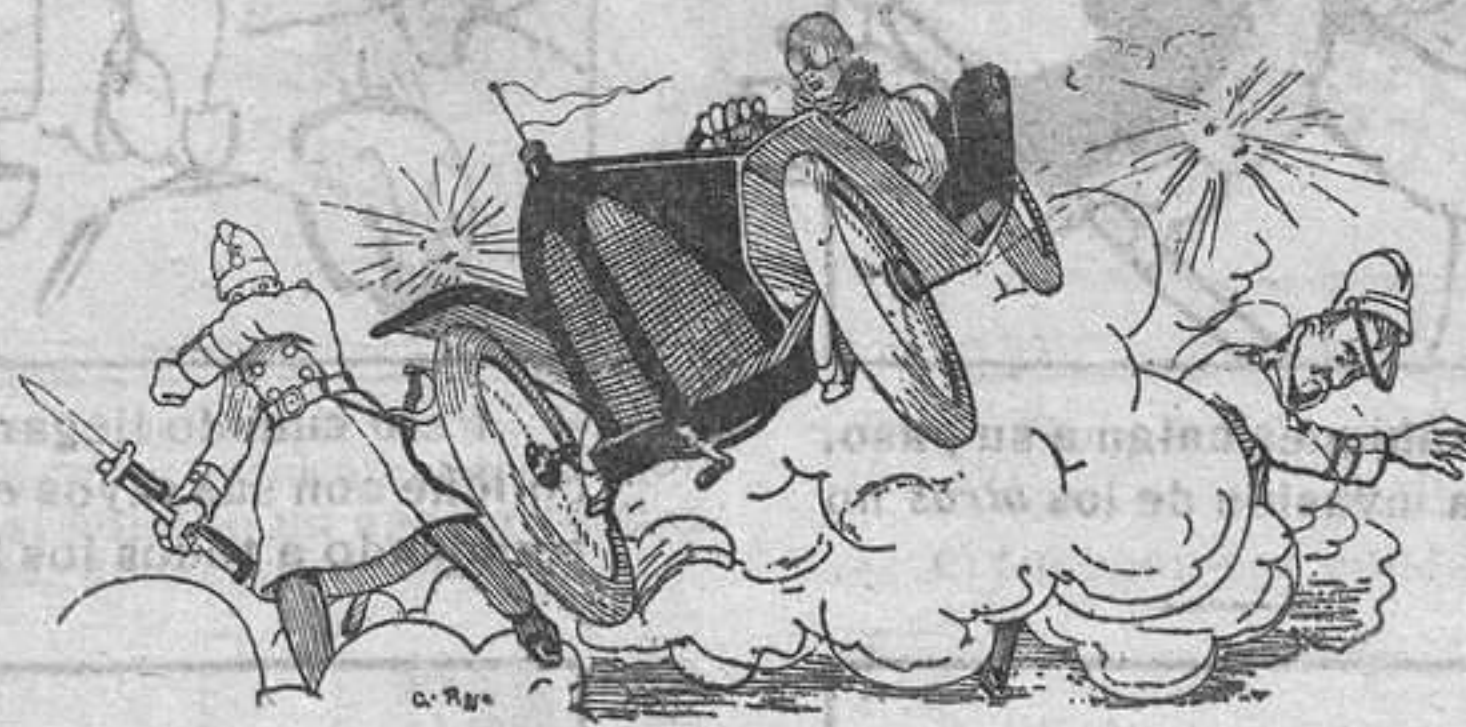
Me subí a un árbol corpulento para enterarme de la jarana, y al pasear mi vista por la llanura, me quedé helado de estupor, (no todos se quedan helados de frío). Una columna de austriacos corrían desesperados fusil en ristre con la sana idea de matar a los pobres italianos que en aquel momento cantaban una canción de picadillo letra del maestro Tortafrita.

Se armó la de San Quintín. Los italianos sorprendidos tuvieron una idea «mortero 42», haciendo saltar de júbilo una mina.

Un estampido espantoso lanzó a los austriacos al eter, haciéndoles ver las estrellas aunque lucía el sol con todo su esplendor.

Quedé horr orizado. Me encuentro en Verdun y mañana embarco en el «Pestiño» para Rusia. El auto lo vendí. Pronto mandaré notas de lo que sucede en Rusia.

P. Pino



CHARLOT EN SEVILLA

EPISODIO DETECTIVESCO

Corrían rumores por Sevilla de que Charlot el célebre pelicularo, estaba enamorando a cuantas pimpollitas concurrían al cine y una de las que más se pirraba por verle, era la hija nada menos del muy excelentísimo marqués de la Cocaína, alias *Borrugueta* por tener una debajo de la paletilla del tamaño de un carro de mano, al menos así lo decía el vulgo.

Y claro el marqués tenía poco apetito, porque Charlot dejó dicho en el bar de Pepe el *asesino* que cualquier día se presentaría en casa de Cocaína, para ver si era verdad lo del bulto.

¡Era para arrastrarse por el lodo!

¡Ese maldecido Charlot! y a él, a el que descendía de la familia más linajuda de Sevilla, a él, que sus antepasados, hombres de capa y de espada regaron con su sangre los campos de Flandes, defendiendo a su patria y a su rey.

¡No! ¡no y no! antes se cercenaba de un tajo la nuez. Habrá que evitarlo a todo trance. Para ello durante la indispensable partidita de mus, que jugaba con un pariente suyo guardia urbano por más señas, pensó encerrar en un cuarto que lo tenía para guardar cajas de cerillas vacías, a su hija provisionalmente, y sellar a lo Santo Oficio todas las ventanas y puertas cual cosa confiscada.

Hasta la gatera tapó con barro porque del bigotillo no había que fiarse.

Y como pensó lo hizo. Pero el benévolo de don Armando, pues así se llamaba el marqués, no contó que el amor no tiene límites, y si lo sabía no se acordaba.

Y sucedió lo que estaba escrito no sabemos donde.

Una noche silenciosa, que se hubiera oído el aliento de una hormiga o el estampido de uno del 42, un embozado con paso algo torpe y vientre algo desarrollado, rondaba cual antiguo trovador, las cerradas ventanas del vetusto edificio del marqués de la Cocaína.

El tétrico edificio de don Armando, se alzaba ante el desconocido como casa abandonada, y reinaba el silencio cual monarca absoluto.

Este hombre, meditaba algún plan maquiavélico.

¿Sería algún sobrino de Zigomar?

De súbito se pegó (si es que esta palabra se nos permite), al muro del negro edificio.

En aquel momento abrióse una ventana y una voz argentina o polaca dejóse oír ¿está usted dispuesto?

—¡A todo!

Dos minutos después, ni uno más ni uno menos, un hilito blanco, bajaba de la ventana, el panzudo lo cogió y ató a el la cuerda, esta empezó a ascender.

De súbito la cuerda púsose tirante, y una cosa blanca bajaba con cautela.

—Eh, usted no mire, o sinó me subo.

Muy a pesar suyo, el hombre bajó la vista como tímido colegial.

Si algún curioso hubiese estado por allí habría visto un bulto blanco y otro negro, hundirse en la penumbra y desaparecer en el fondo de la calle.

*
*
*

A la mañana siguiente, cuando el sol asomaba su rubicunda faz, levantóse el marqués, con un genio de mil diablos.

Había perdido la noche anterior, sesenta y cinco céntimos.

El marqués, mandó preparar el desayuno y quiso que su hija le acompañase a la mesa.

Pero cual no sería su asombro cuando el criado le comunicó que su hija había tenido el honor de salir, y no precisamente por la puerta.

¿Qué misterio era este?

¿Habría cumplido su promesa ese impío bigotillo?

Estas ideas pasaron por su cerebro como cinta cinematográfica, en un cine que tienen prisa.

Y levantándose rápidamente lanzóse al cuarto de la fugitiva. Desgraciadamente era verdad la fuga de su hija, y mas cuando vió una carta encima de una mesilla, escrita con estas lacónicas líneas:

«Papá mío, es tan grande mi amor por Charlot que a pesar de vuestros sanos consejos, no quiero morirme sin ver una película de Charlotín.

Adiós papá, volveré pronto.

MARGARITA.»

Acabar de leer la carta y caer en el suelo como masa inerte todo fué uno.

¡Su hija, Charlotín, la película! Al infame que manchaba sus blasones de esa manera tan indigna ¿y qué diría Dangarito, el novio de Margarita; cuando esta viniera? ¡Oh maldita sea!

—¡Una guía! ¡una guía! pidió el marqués.

Pronto miró con afán todos los anuncios de la guía.

Entonces, leyó:

OJO CERTERO

Detective privado.—Se descubren crímenes a precios reducidísimos.

Sierpes, n.º 4

Otro decía lo siguiente:

COCOLICHE

Gran criminalista al por mayor

Y después con lapiz:

Muy atareado con la temible banda de Manifloja.

—¡Hombre, no habrá ningún detective a propósito para recuperar a mi hija!

—¡Yo sé uno!—dijo un criado que estaba allí cerca curioseando.

—¿Uno?—respondió el marqués sin fijarse que hablaba con un criado.

—Sí, uno que si no descubre el paradero de su hija, no la encuentra ni el Moro Muza.

—¿Cómo se llama?

—Tragavientos.

—¿Traga...?

—vientos.

—¡Oh! salvación divina, ya tengo a mi hija, gritó el marqués dando un beso al criado que se ruborizó.

—¡Pronto! mi coche. ¿Dónde se hospeda?

—En el *Hotel Oriente*.

—Mi traje, y unas perras en calderilla por si acaso.

Seis minutos mas tarde corría menos que el viento el coche del marqués don Armando Zambra hacia el *Hotel Oriente*, donde según lo dicho por el criado habitaba el célebre detective.

El coche se detuvo en la puerta del hotel, y preguntó:

—¿En qué piso vive el señor Tragavientos?

El portero respondió amostazado:

—Parece mentira que ignoreis que es en el segundo. Toda España lo sabe.

El desgraciado marqués se lanzó a la escalera y llamó convulsivamente en el piso indicado.

Por fin se abrió la puerta, y un elegante caballero admirablemente vestido le preguntó, inclinándose que deseaba.

—Ver al célebre detective.

—Habeis de esperar un poco, caballero—dijo el elegante mancebo, internándose en las próximas habitaciones.

Mientras volvía, el marqués, pudo admirar en las paredes del recibidor una curiosa serie de cabezas de criminales famosos muertos en la horca o en presidio.

—Un caballero espera,—dijo el criado.

—Que espere, sentenció gravemente Tragavientos que envuelto en una nube de humo de su pipa, sin la cual no podía unir sus ideas, reflexionaba profundamente.

Tenía ante él un aparato, como esos de hacer churros y lo examinaba con detenimiento.

Dejó para otro día el aparato, y volviéndose a su ayudante dijo:

—Que pase ese caballero.

El marqués entró.

—Soy—dijo—don Armando Zambra marqués de la Cocaína, y al mismo tiempo encendía un cuartelero, después prosiguió tosiendo antes como un orador de ideas atrasadas.

Senador vitalicio, condecorado con la cruz de don Pedro el Amable, la cruz Cubierta y la cruz de...

—Caballero, al grano, exclamó el detective viendo que el marqués no tenía intención de parar de decir sus apellidos.

—Vivía yo feliz con mi hija Margarita, cuando corrieron rumores por Sevilla que el célebre pelicularo Charlot raptaría a mi hija sin avisarme, cosa de poca crianza, yo lo tomé a chacota, pero por si acaso la encerré en un cuarto que casi era imposible la entrada en el sin mi permiso... pero anoche me vi desagradablemente sorprendido al ver que mi señora hija tomó las del humo, y por una carta que dejó

La letra, con sangre entra



¡Sois unos borricos! y con vuestra desaplicación hacéis inútiles los esfuerzos del que os enseña y malograis los buenos deseos de vuestros padres...



—Oye chico, y cuando te pregunten en casa, cuántos premios hemos tenido,— Pues... ¡Mira, se me ocurre una idea...!



Con esta barba, las antiparras y tapados con el capote, vamos a pasar perfectamente por D. Nicasio, nuestro maestro.



—Sí, señora, sí... muy aplicados... no hacen otra cosa que estudiar, siempre estudiar...— ¡Ay, pobrecitos!



¡Cállate, Azor! No interrumpas y aprende a guardar mayor respeto a las dignas personas que me visitan, o de lo contrario voy a darte el merecido con el mango de la escoba.



(El perro).—El mango de la escoba? ¡Toma el merecido!
(La mamá).—Que es esto Dios mío! ¡No es D. Nicasio!



¡Pillos, más que pillos! ¡Grandísimos granujas!
¡No sé que santo me contiene! ¡Toma, siuvergüenza, toma!



Siempre saca mayor daño quien procede con engaño.

Charlotín y su trompón



Boby con dañino intento echa tinta al instrumento.



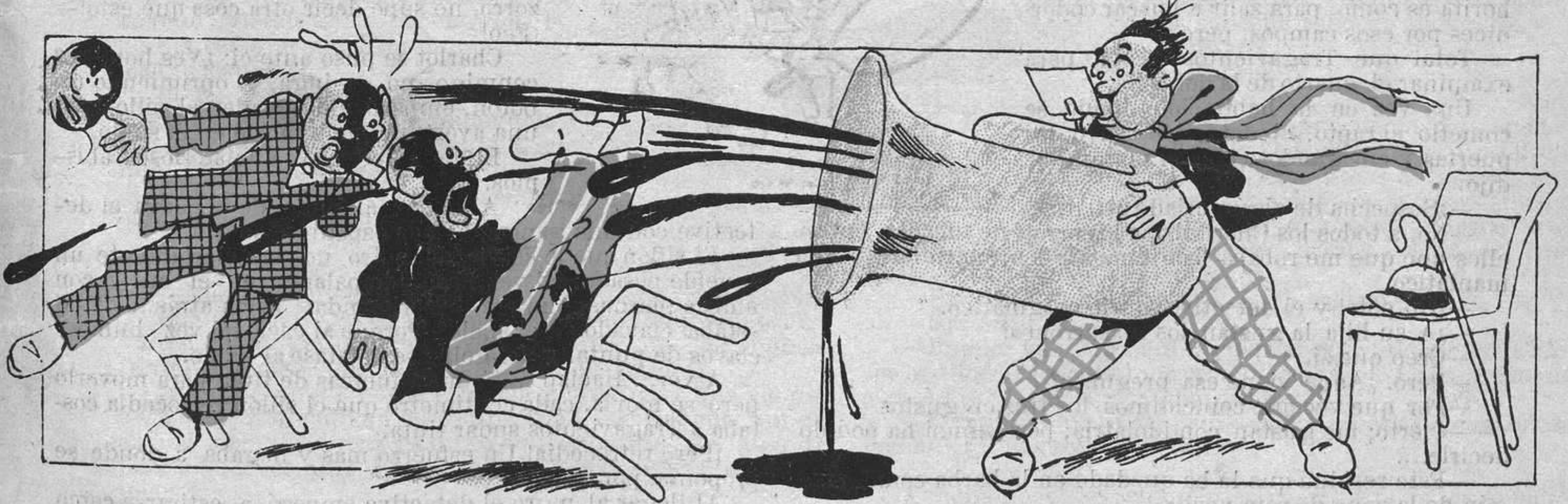
Precisamente en el día que a un gran concierto asistía.



Ignorando el contenido



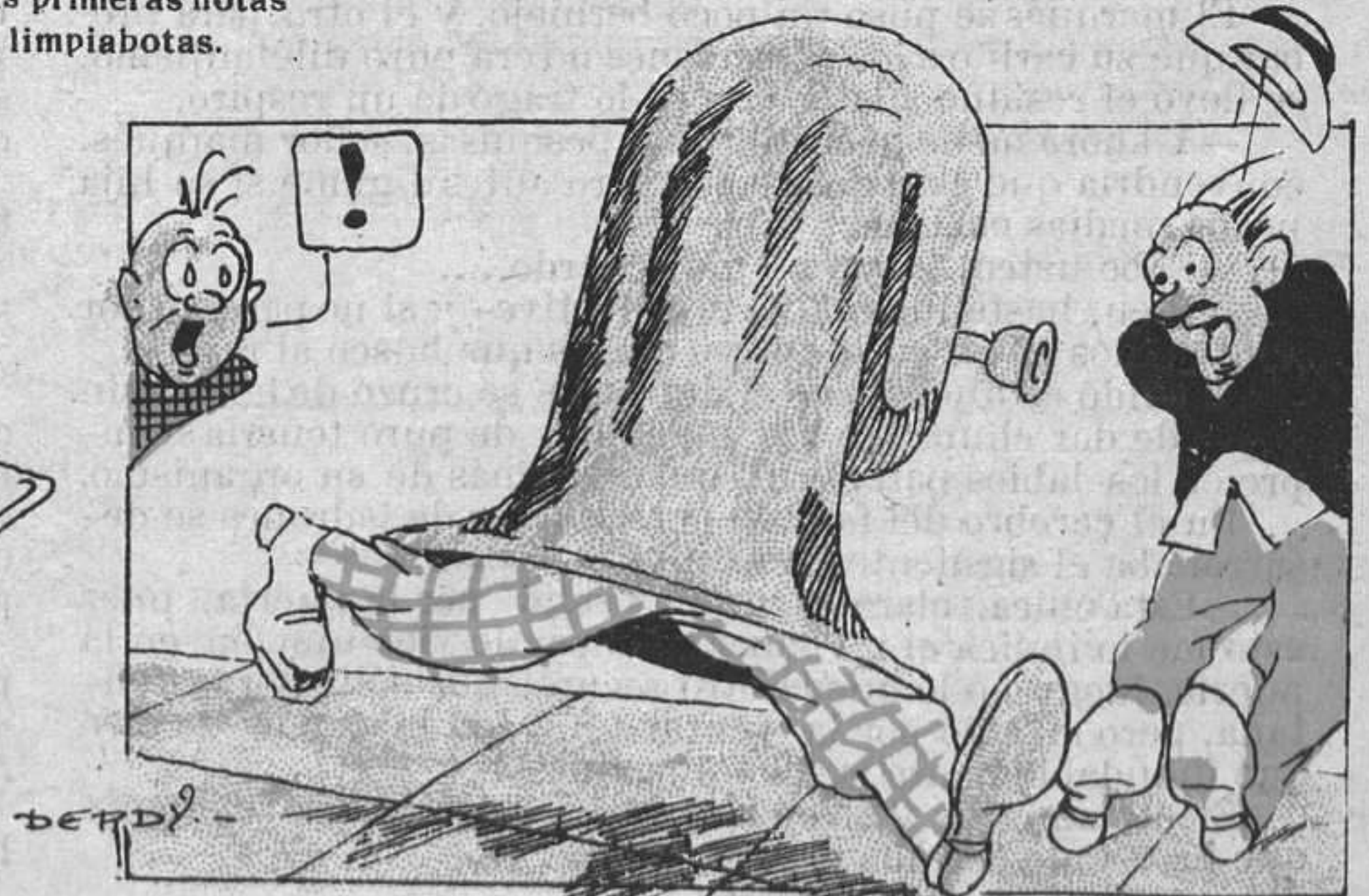
marcha Charlot decidido.



Pero a las primeras notas parecían limpiabotas.



Y acabaron la quimera poniéndole por montera.



El trompón endemoniado que había tan mal sonado.

BERD!

escrita le sabido que marcha en pos de Charlot. Pero lo chusco de el caso es que no sé por donde se ha marchado.

El detective y su discípulo se miraron.

El caso no era para menos se presentaba un asunto movido, era nada menos que el célebre bigotillo.

De pronto miró Tragavientos fijamente al marqués, y dijo:

—¿Su hija es guapa?

—Más que madame Pompadour, y rubia como Ofelia.

—¿Toca algún instrumento?

—Bandurria.

—¿Cómo apareció el cadáver?

—Pero si mi hija no está muerta.

—¡Ah! disimule, no me acordaba.

El detective apuntó todo en la cinta de su sombrero.

—Oiga mis consejos. Desde mañana no coma usted nada sin haberlo analizado antes, no fume ni beba ni se quite los lentes en la calle, y no salga con perras encima.

—No, no, tenía un bulldog, y se lo comieron los gitanos el día de los difuntos.

—No quiero decir perros, sinó moneda, dinero...

—¡Ah, vamos!

—Acompañe al señor Armando Zambra—dijo Tragavientos.

A la mañana siguiente, un hombre llamaba con muestras de impaciencia en la casa del marqués de la Cocaína.

Y, precisamente, a la hora que llamaba el detective pues era él, como ya habrá adivinado el lector, estaba el marqués aplicándose unos fomentos de clara de huevo, que en una instrucción terapéutica le diera el médico como cosa super contra los sustos y mal de ojo.

Cuando el criado le anunció, que Tragavientos estaba esperándolo en el comedor, estuvo a punto de exclamar.

—¿Qué quiere ese pelmazo a estas horas?

El respeto le contuvo, y formuló *in mente* un credo, cosa que hacía cuando se le ocurría un mal pensamiento.

—Que pase—dijo con unción evangélica suspendiendo las aplicaciones de los fomentos.

—Perdonad señor marqués, que en hora tal os moleste, más... Ya sé que la horita es como para salir a buscar codornices por esos campos, pero...

Total que Tragavientos venía para examinar el cuarto de la doncella.

Una vez en la habitación donde se cometió el rapto, el detective cerró las puertas y encarándose con el marqués le dijo:

—¿Sospecha de algún criado usted?

—No, a todos los Charlotistas los arrojé de mi casa, entre ellos uno que me robaba bonitamente los cuartereros. Era maniático.

—¡Un pelo! y el detective sonrió enigmático.

—¿A su hija la gustan los macarrones?

—Creo que sí.

—Pero, ¿A qué viene esa pregunta?

—Por que veo que coincidimos los tres en gustos.

—Cierto; me gustan con idolatría; pero quien ha podido decirle...

—Este residuo que le ha quedado en la barba como pregon de la cena de esta noche.

El marqués se puso un poco bermejo, y el otro para probar que su cariño a los macarrones no era puro diletantismo, se llevó el residuo a la boca y se lo tragó de un respiro.

—Y ahora he de hacer algunas pesquisas, señor marqués, convendría que estuviese solo, pero antes dígame si su hija usaba medias caladas.

—Sabe usted.... yo no me acuerdo....

—Bien, hasta luego dijo el detective—y si no parezco por aquí en dos años, no se apure, que es que busco al raptor.

Cuando se quedó solo el detective se cruzó de brazos sin dejar de dar chupadas a la pipa que, de puro tenerla siempre en los labios parecía un miembro más de su organismo.

En el cerebro del famoso perseguidor de ladrones se desarrollaba el siguiente raciocinio:

—Esta chica, claro es que no salió por la puerta, pues esto me lo indica el no haber señales de violentación en la puerta, luego no le queda otro recurso que salir por la ventana, pero si salió por la ventana fué con la ayuda de otro que indudablemente la echó una cuerda.

Efectivamente, allí veo la ventana abierta, señal evidente que ha estado cerrada alguna vez.

¡Caracoles! aquí se ven unos pelitos rubio-zanahoria. Bueno, ya sabemos que la tórtola salió por la ventana con ayuda de un segundo.

Ahora examinemos la calle. Y hablando de esta manera se lanzó al vacío. Un pacífico traseunte lanzó un grito desgarrador al ver al detective que caía de un cuarto piso, pero el detective cayó de pié, gracias al aparato de su invención, el *Tubolanzapié*.

Debajo de la ventana, sacó una lupa de colosales dimensiones, y exploró el terreno minuciosamente.

De súbito dió un grito de alegría, se alzó del suelo y mirando el horizonte respiró satisfecho. Lentamente y sin dejar de mirar al suelo dirigióse a un añoso olivo.

Veamos; si, aquí hay un árbol a cuyo tronco han atado dos caballos.

¡Justo! Estas mordeduras en la corteza son recientes, y su autor es, sin duda, uno de los caballos. Y luego en el suelo, no cabe duda, las pisadas, la tierra apelmazada y el montón....

Nonecesito averiguar más. Volvió a seguir las señales de las herraduras y se dispuso a caminar tras de ellas aunque le condujeran a la tumba de Maceo o al Himalaya.

De pronto se encontró con una herradura y una sonrisa se dibujó en sus labios.

Y con más empuje que antes emprendió la interrumpida marcha.

Entonces el detective cojió el curso del Guadalquivir, y siguió rivera adelante. Una hora después se encontró ante una hermosa quinta que en el verjado se leía con letras de oro: «Villa Charlot.» Dió la vuelta al edificio y encontrando las puertas cerradas se acercó a una de las ventanas y después de tantear con detenimiento los hierros de la reja que la cerraba, se asió a los barrotes que mas blandos le parecieron y de un tirón los arrancó de su sitio.

Una vez franqueado el paso, el detective penetró resueltamente en la estancia.

—Tomemos las cosas con calma, dijo Tragavientos. Y queriendo coordinar las ideas para formar un plan decisivo, se sentó en un sillón que había a su lado.

De pronto, unos brazos de hierro salieron de los salientes del sillón, aprensando el cuerpo del detective y una cargada espantosa atronó el ambiente; Tragavientos, cogido en el cepo, como un zorro, no supo decir otra cosa que esto:— ¡Feo!

Charlot se puso ante él: ¿Ves hombre? conmigo no se juega, y oprimiendo un botón, empezó a descender el sillón por una avertura que se abrió en el suelo.

El detective bajó a misteriosos abismos.

Al llegar al fondo de la cueva el detective con una sangre helada espantosa sonrió.

El sillón que le servía de potro no era ciertamente un mueble pesado; tal vez haciendo palanca en el suelo con ambas piernas, pudiera hacerlo andar hacia atrás... ¿Y si estaba clavado en el suelo? Porque al caer tal vez hubiese clavos de punta, y del golpe se sujetase al suelo.

A ver... Hacían faltá unas fuerzas de titán para moverlo pero se movía, cada centímetro que el sillón retrocedía costaba a Tragavientos sudar tinta.

¡Pero retrocedía! Un esfuerzo más y llegaba a donde se proponía, por fin...

Al llegar al muro el detective empezó a estirarse como una serpiente y sacó un brazo, poco después otro, los levantó al techo, se agarró con fuerza a un madero que sobresalía y... zas, salió del sillón quedándose colgado el techo, como nosotros cuando sacamos un caracol de su cáscara.

Lanzó un ruidoso suspiro la primera parte del salvamento quedaba concluída.

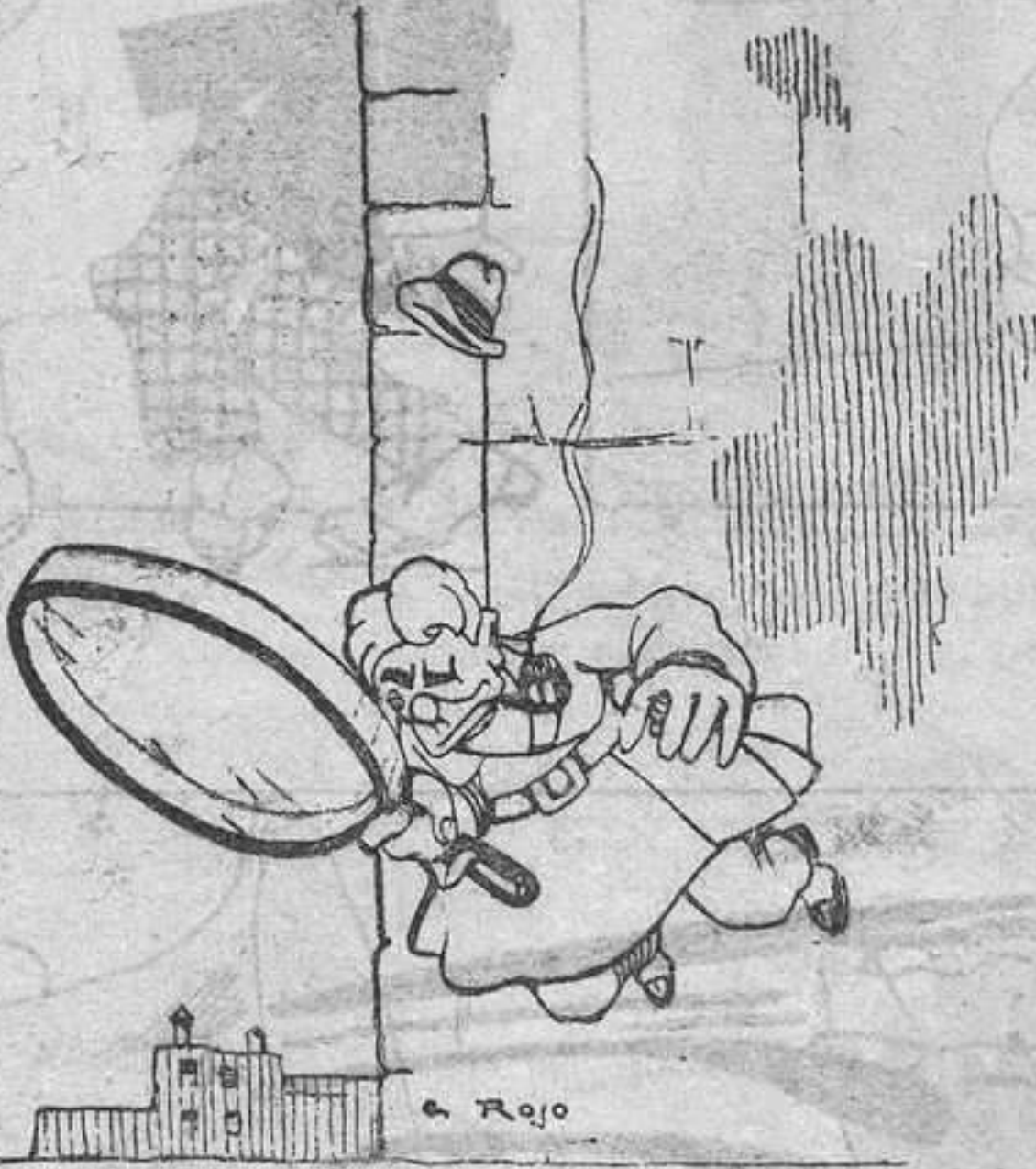
Examinó su prisión. Cuatro paredes abiertas en la roca viva; un techo y un suelo de acero.

Más, estas frusilerías no arredran a un detective.

Se quitó las botas de triple fondo. Sacó una herramienta completa de minero, menos la vagoneta. Luego se saltó la tapa del cráneo. ¡Eh! no asustarse la tapa del cráneo del detective era de pega y dentro encontró una vela. Sospechó que aquella caverna tenía una salida. Un detective no sospecha jamás en balde. «*Havas multe kapa.*»

Al primer golpe de piqueta abrió un boquete como un pan, se quitó la cinta del sombrero y escribió con lapiz: «*T. sei guindas anueve cépos verdulería música celestial, apañña cuencas, «Yes.»*»

Esto quería decir a su discípulo Kalisón que a las seis de la tarde se encontrara en la quinta de Charlot. Lanzó el tele-



grama barato por el agujero confiado en que algún honrado ciudadano leyera las señas de su casa y lo entregara a su fiel Kalison.

Abrió más el boquete, pasó por él y lo volvió a cerrar detrás de sí, como no lo hubiera hecho ningún paleta. Luego valerosamente se lanzó por la atarjea.

Estuvo andando por allí más de seis horas, luchando con ratas como elefantes y más pequeñas.

Al amanecer, un rayo de luz lejano le hizo saltar el corazón de alegría. Tragavientos refrenó inmediatamente este sentimiento porque un detective no debe manifestar nunca que está alegre o triste. Aquel rayo de luz era su salvación.

Procedía de la boca de una alcantarilla.

Del suelo a la boca había diez metros de altura. Mentalmente multiplicó su volumen por el cuadrado de la distancia y halló el logaritmo respectivo restándole de la raíz enésima, cuyo coeficiente iluminó el asunto. De un salto se vió en la boca.

Si no hubiera hecho el cálculo anterior se habría hecho tortilla los sesos en las piedras.

Allí se le presentó un problema difícil. La calle estaba a dos pasos y veía las pantorrillas a los transeuntes; pero él no cabría por la boca de la alcantarilla. Gritar era inútil; estar en aquella posición cinco minutos era imposible.

Se acordó de haber estado cinco meses en la India de bombero, y rápidamente tomó su resolución.

Imitaría a los fakires, los fakires mas gordos se convierten en sardinetas con solo quererlo, pero hay que hacerlo y quererlo, según la fórmula budhica la encontró; era a sí Romanokulemarinaro. Cuando quiso recordarlo ya estaba en la orilla del Guadalquivir.

Se acercó a la orilla y metió la cabeza en el agua, para alejar el peligro de una congestión; muy despacio y con mucha calma, bañándose en el sol de la mañana fué en derechura a la Comisaría.

Media hora despues una barca se deslizaba por las aguas del Guadalquivir.

A bordo de la barca iban 30 hombres; Tragavientos, Cocaína, el barquero y 27 guardias civiles.

Por fin llegaron a la orilla frente a la quinta de Charlot.

Efectuado el desembarco, colocó a cada uno de los guardias en las paredes de la quinta, encargándoles que cuando vieran salir alguno de la quinta echaran a correr detrás de él hasta alcanzarle.

El marqués entraría primero y se entrevistaría con Charlot, pidiéndole, por las buenas, que le entregase a su hija. Tragavientos se quedaría escondido detrás de la puerta, dispuesto a obrar cuando fuese necesario.

Aquella mañana la joven marquesita no recordaba las cosas más que envueltas en una nube de extraña confusión.

Ella estaba en un cuarto cuando dieron las once, a... sí, va recordaba, era la hora de ver al hombre de sus sueños. ¡Entonces estaba en su casa! ¡En casa de Charlot!

Paseó su mirada por la estancia y lo primero que vió fué a Charlot, vistiendo un elegante traje de mañana, que le caía al pelo. ¡Verdad es que a aquel hombre, un saco de patatas que se hubiese puesto le hubiera caído admirablemente!

Lo primero que hizo Charlot, al verse en presencia del ser amado, fué sentarse en un sofá árabe, de gran tamaño, que Charlot estimaba como la joya más preciada de su hacienda. ¡Bueno, menos el bigote!

El dichoso mueble era, en cuestión de comodidad, una especie de César Borgia, andaluz. El mueblecito se las traía como pieza de adorno y de recreo, porque ha de saberse que oprimiendo suavemente un botón que tenía en salva sea la parte, comenzaba a tocar la música, poblando el espacio de celestes armonías, hasta que se le terminaba la cuerda. ¡Y tenía cuerda para una semana!

Sobre él invitó Charlot a sentarse a Margarita, y aunque esta poseía una educación esmerada, rechazó la oferta con un: «Gracias, estoy mejor aquí». La insistencia del galán pudo más, y Margarita terminó por sentarse en el histórico mueble, con cierta emoción, como quien se sienta sobre un plato de natillas.

No bien lo hubo hecho, Charlot comenzó a recitarle unos versos que venía improvisando desde dos meses atrás, en los cuales le hablaba de amor, de la luna, de lo caro que van los comestibles, de la guerra y de los rayos X.

Ella se conmovió un poco y, contagiándose de poesía barata, replicó con otros camelos aconsonantados, que no eran más que el anuncio de la tormenta que de allí a poco iba a estallar.

De pronto, Charlot se levantó del asiento, se dirigió al balcón y, mirando hacia el río, exclamó:—¡Ah!

Margarita, temiendo que algo grave sucedía por allá abajo, le preguntó:—¿Eh?

Pero Charlot no contestó. Al ver la barca con los guardias civiles, se quedó perplejo. Cerró el balcón, paseó su mirada por la estancia y ya no vió a Margarita. Había desaparecido.

Iba a llamarla, pero en aquel instante se abrió la puerta y apareció el marqués de la Cocaína. Adelantó un paso, y al verse frente a Charlot, se quedó inmóvil, como una estatua, por temor de que le diera un sablazo. (Había salido sin dinero suelto por orden de Tragavientos).

Ambos cambiaron una mirada que fué una odisea.

¿Qué iba a pasar allí?

Hubo una pausa durante la cual no pasó nada. Luego rompiendo el silencio el marqués exclamó:

—¡Villano! ¿Dónde está mi hija?

—No lo sé, respondió Charlot.

—Mentira....

—Esa palabra...

Ya estaba a punto de lanzársele al cuello con ánimo de molestarle, pero reflexionando un poco se detuvo y enjugándose con la manga del sobretodo el sudor que corría por su frente, se dejó caer desfallecido sobre el arabesco sofá. Apenas tocó su cuerpo el histórico mueble empezó a sonar la música con tanto estrépito que sobresaltado el marqués echó a correr hacia la puerta en el preciso momento que entraba Tragavientos con la pipa en la boca que por poco se la traga del tapetazo. Y mientras el marqués abría desmesuradamente los ojos sin saber lo que pasaba, Charlot canturreando el estribillo repicaba con sus zapatitos una seguidilla que en aquel momento tocaba el filarmónico mueble. Hasta que por fin oyóse la potente voz del detective que decía:

—¡Haya calma, señores!—y dirigiéndose al sofá puso la mano sobre el resorte y enseguida cesó la música.

Entonces levantó el asiento que servía de tapa y acto seguido apareció la cabecita rubia de Margarita.

—¡Hijaa!

—¡Padree!

—¡Oh!—exclamaron todos enterrecidos y llorando como Magdalenas.

Cuando poco de pués se estableció la calma, pudo verse a Charlot que compasivo enjugaba con una tohalla los ojos del marqués, mientras que

éste compadecido por tanta ternura besaba la cara de Tragavientos creyendo que era su hija.

—Por fin te encuentro hija mía!--sollozó Cocaína

—Gracias a mí.

—Bueno; ya me pasará la cuenta,—y dirigiéndose a Charlot le dijo:—Dispensad, os creí un malvado. Ahí va mimano y esta noche cenaremos todos juntos.

—Cómprame un cine papá—dijo Margarita abrazándose con alegría al cuello del marqués.

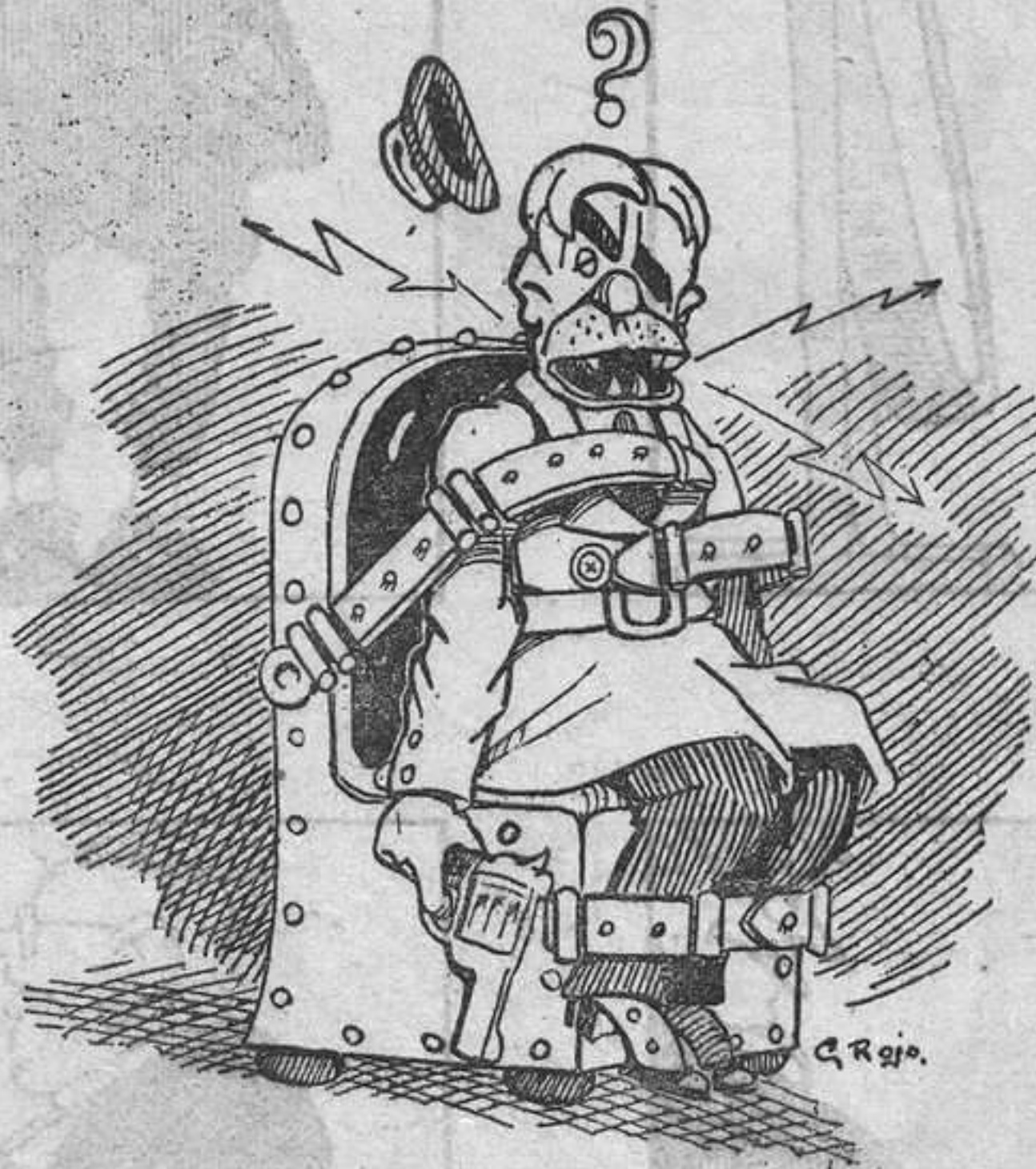
Aquella noche se celebró una gran fiesta en los espléndidos salones del castillo.

Después del banquete se proyectaron las más escogidas creaciones del célebre pelicularo y en uno de los intervalos que estaba la luz encendida aprovechó la ocasión el detective para presentar la cuenta.

¡258.000 pesos oro con 35 céntimos!

PEDRO SANCHEZ

Los episodios detectivescos que se sucederán en la nueva publicación que en 1.º de Marzo ofreceremos a nuestros queridos lectores, serán desarrollados por la chistosa pluma del notable escritor Don PEDRO SANCHEZ autor de este artículo.



El reconstituyente, por Papin



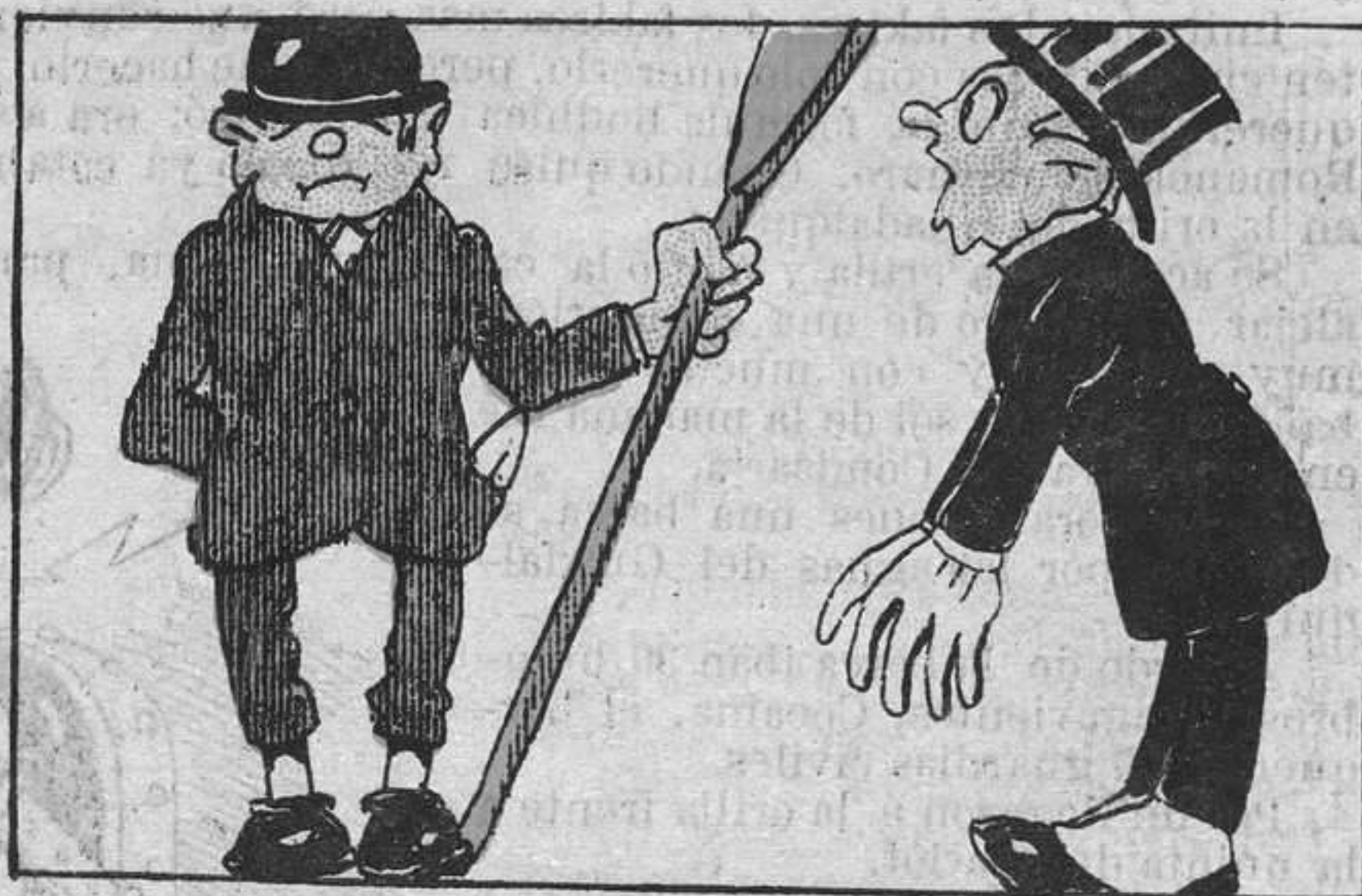
De un gran médico el talento lleva a cabo un fiero invento.



Un elixir excelente para engordar de repente.



Resultando comprobados sorprendentes resultados.



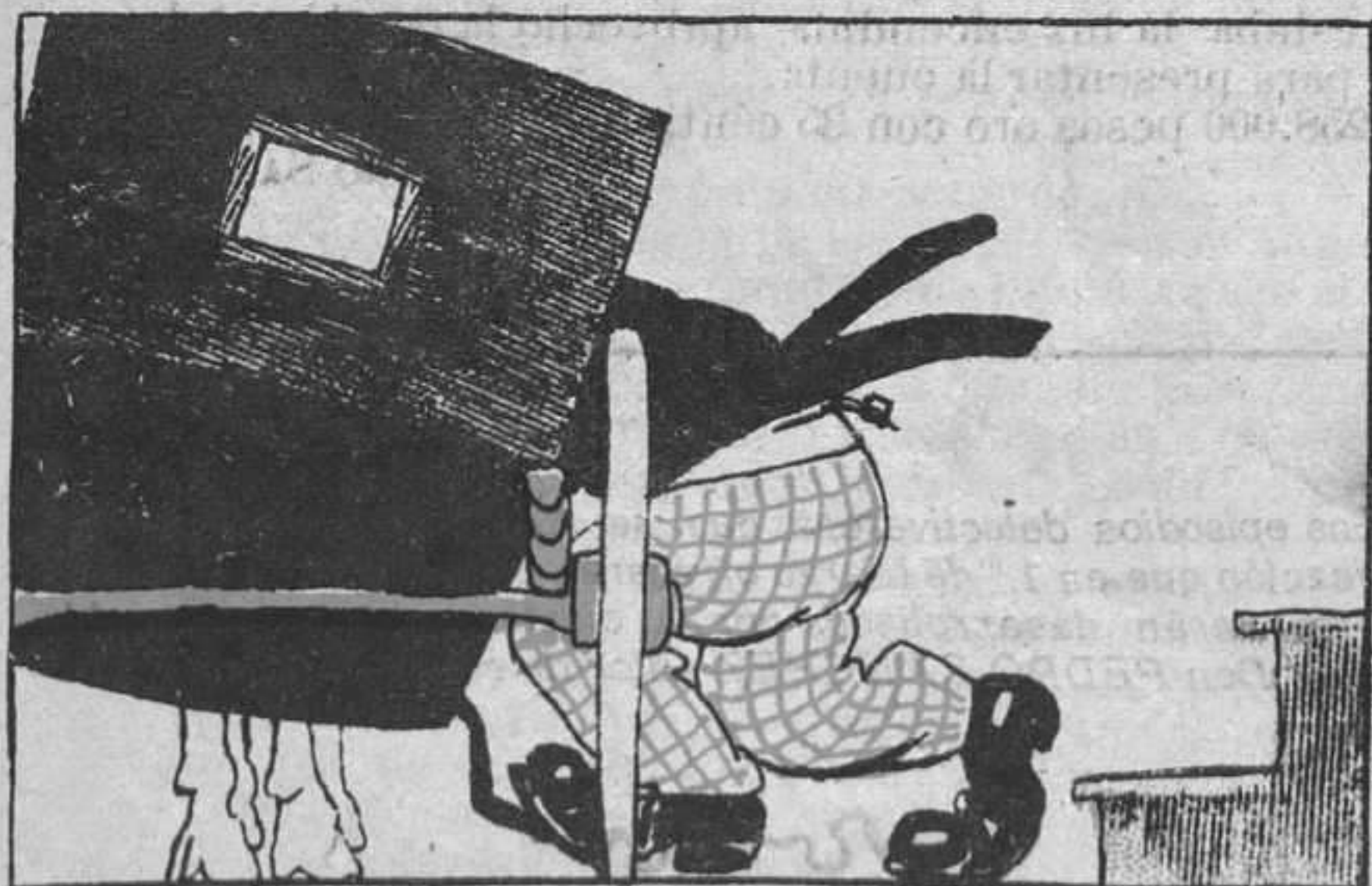
Del elixir en cuestión se hace gran publicación.



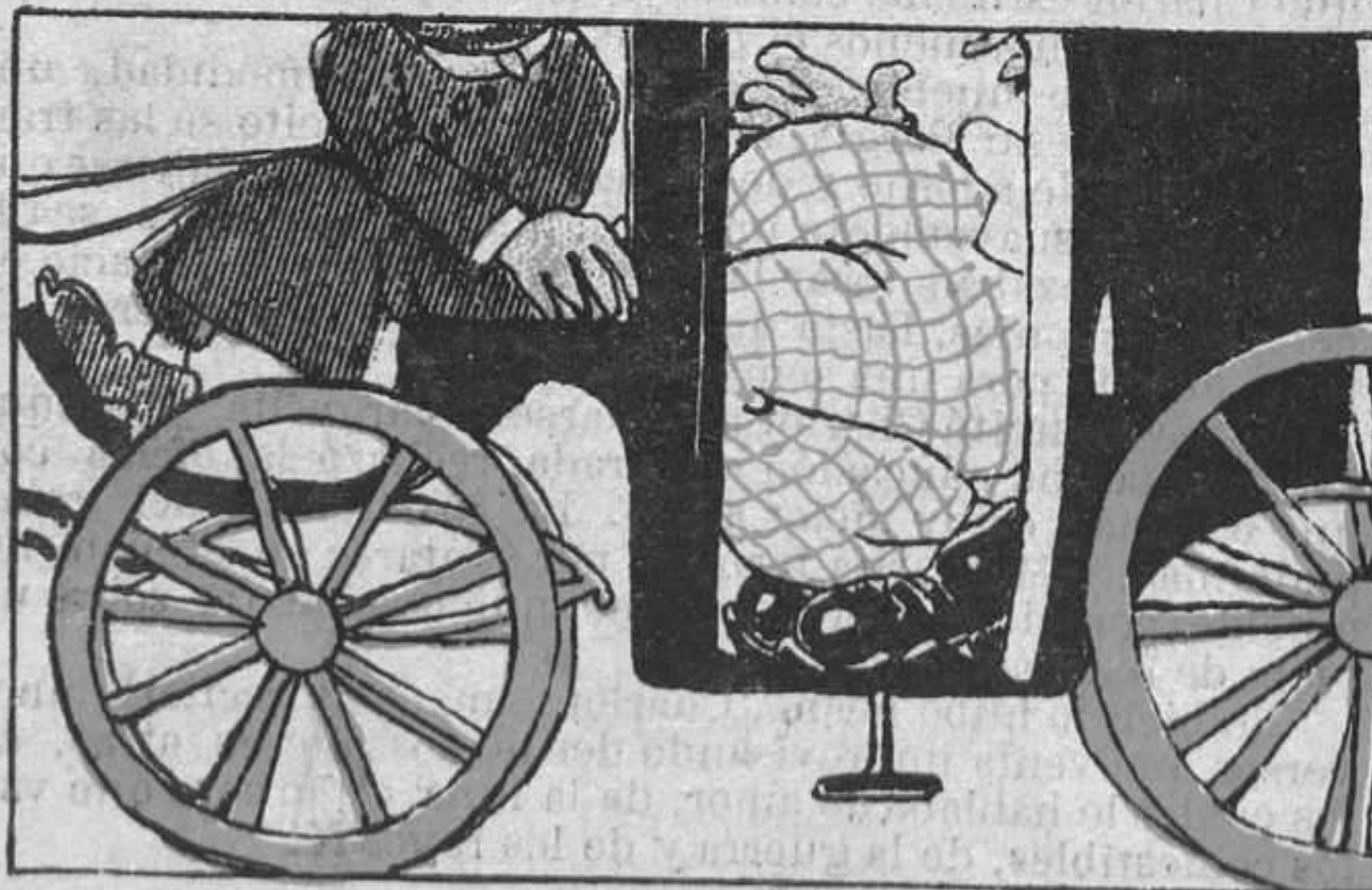
Charlotín tiene una amiga que le gusta la barriga.



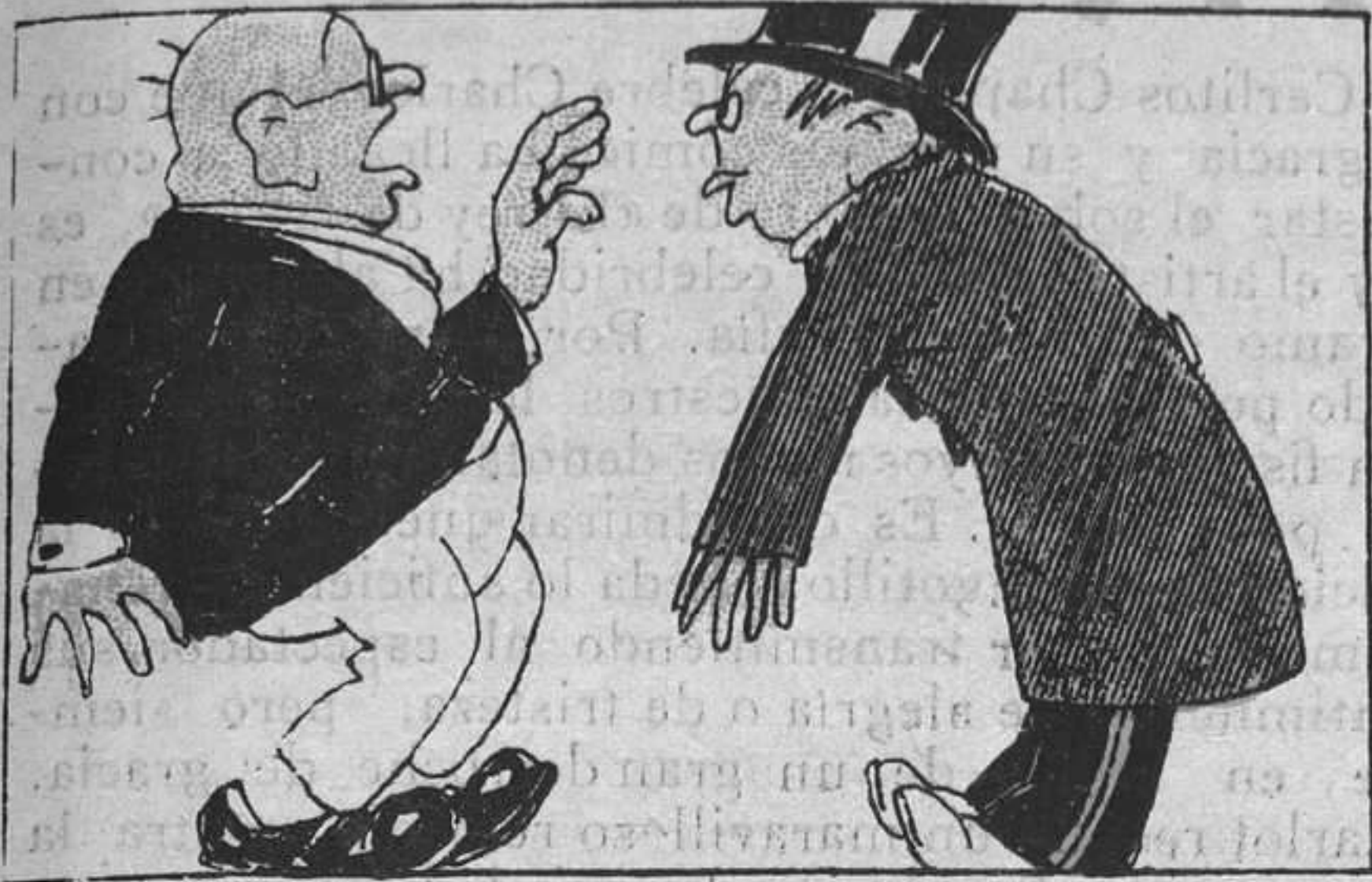
Para agradar a su amante quiere engordar al instante.



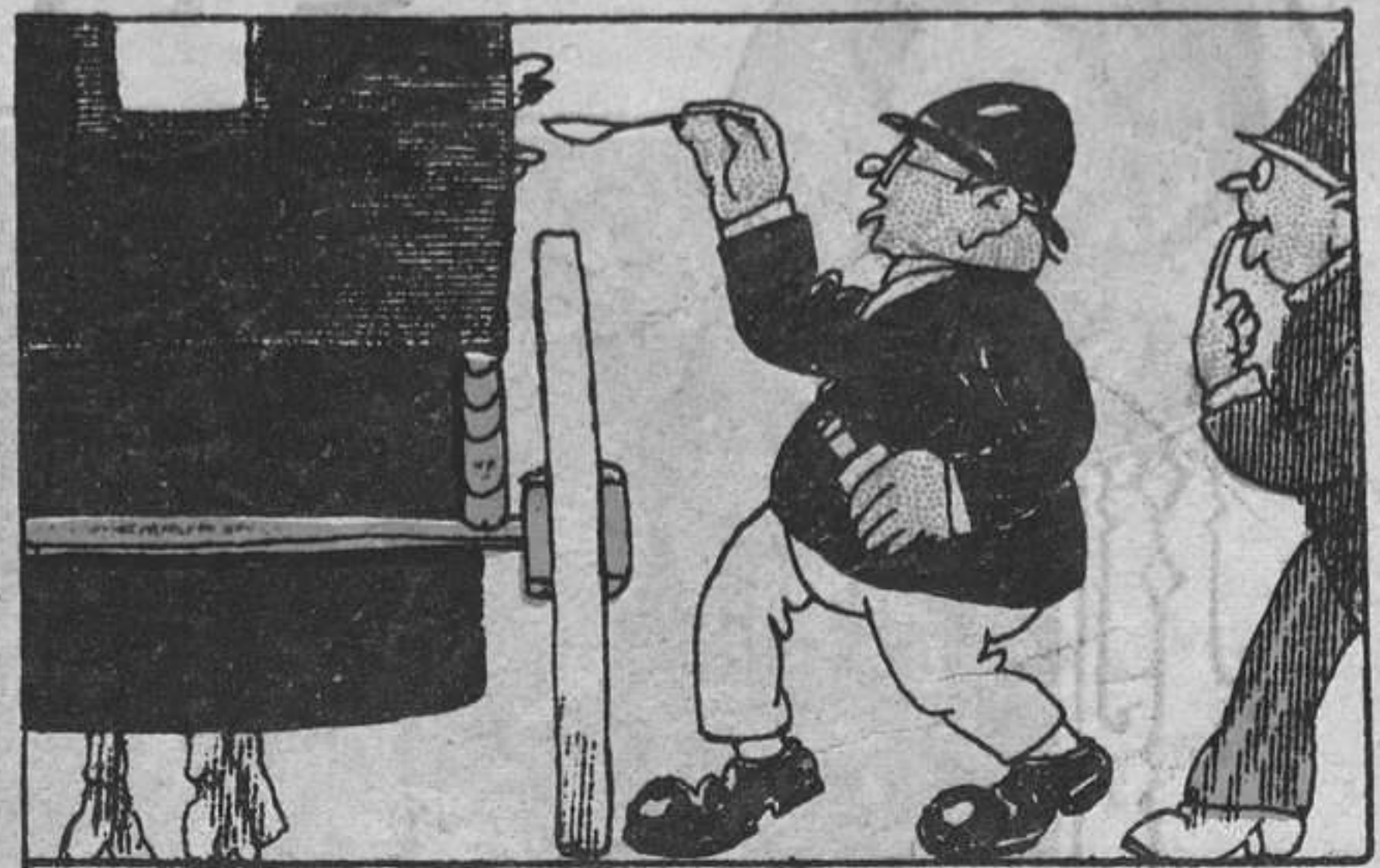
Desarróllase sin tasa cuando sale de su casa.



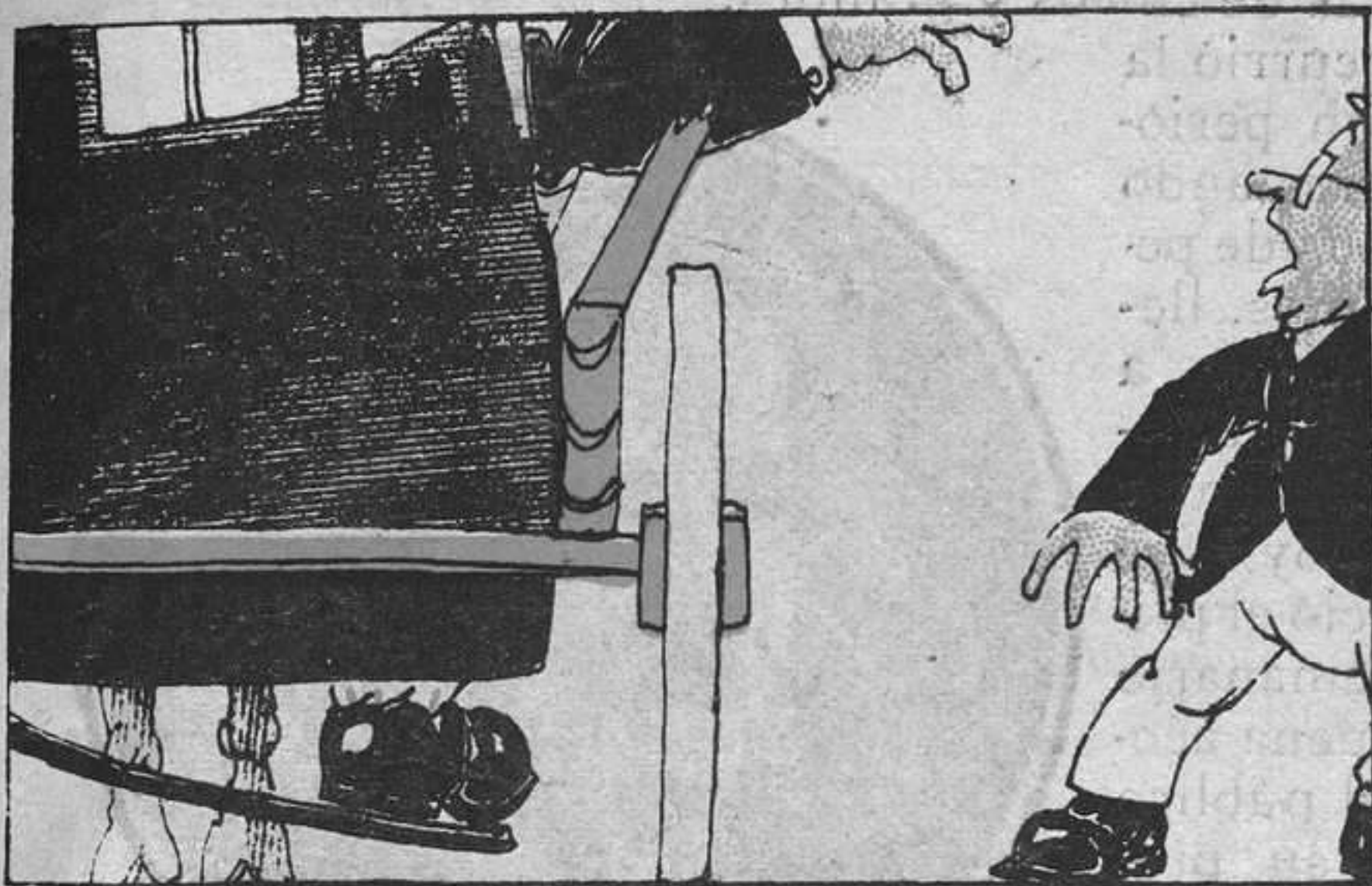
Y llega tanto a engordar que ya no puede ni andar.



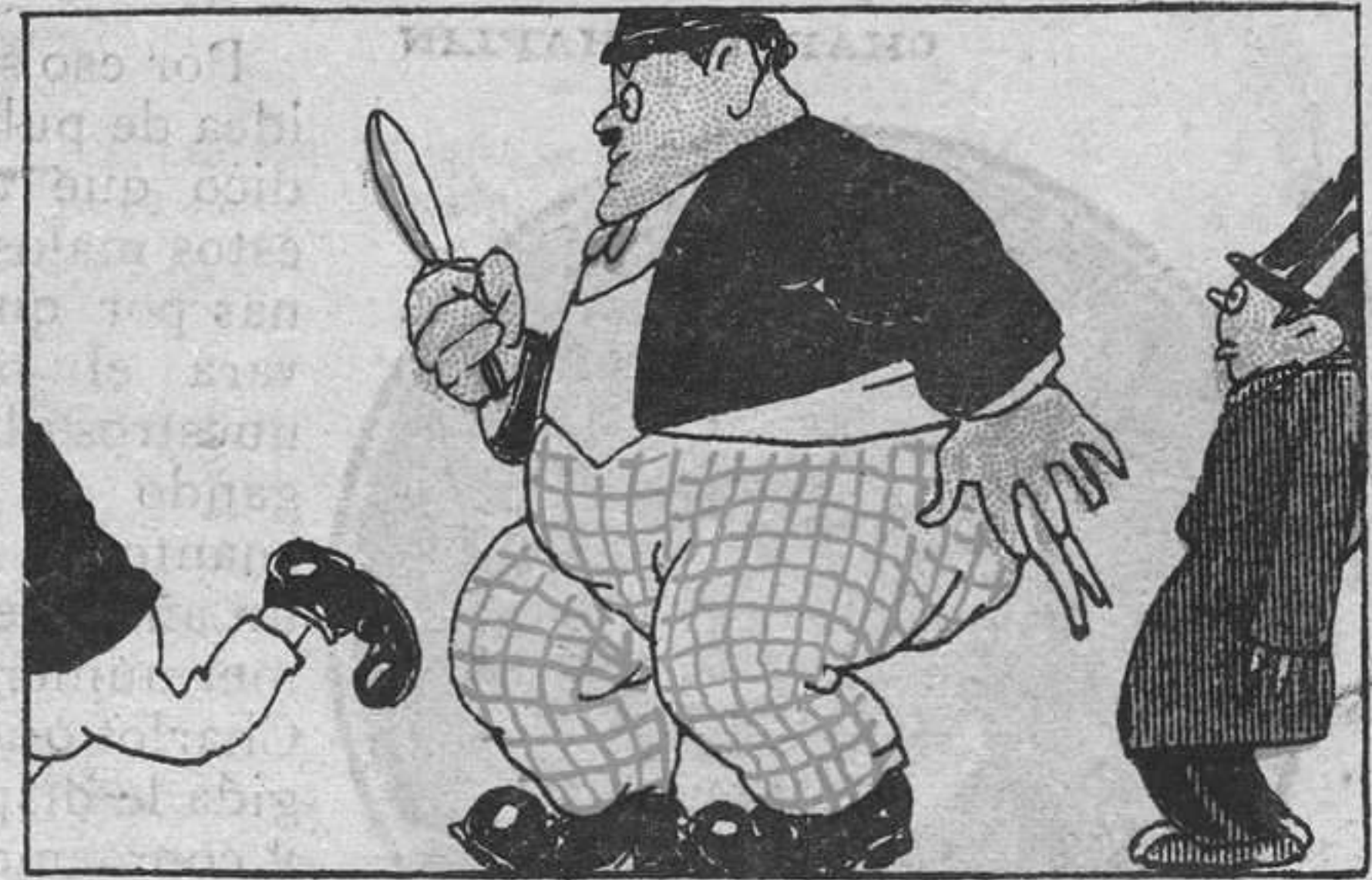
El cochero con temor
corre en busca de un doctor.



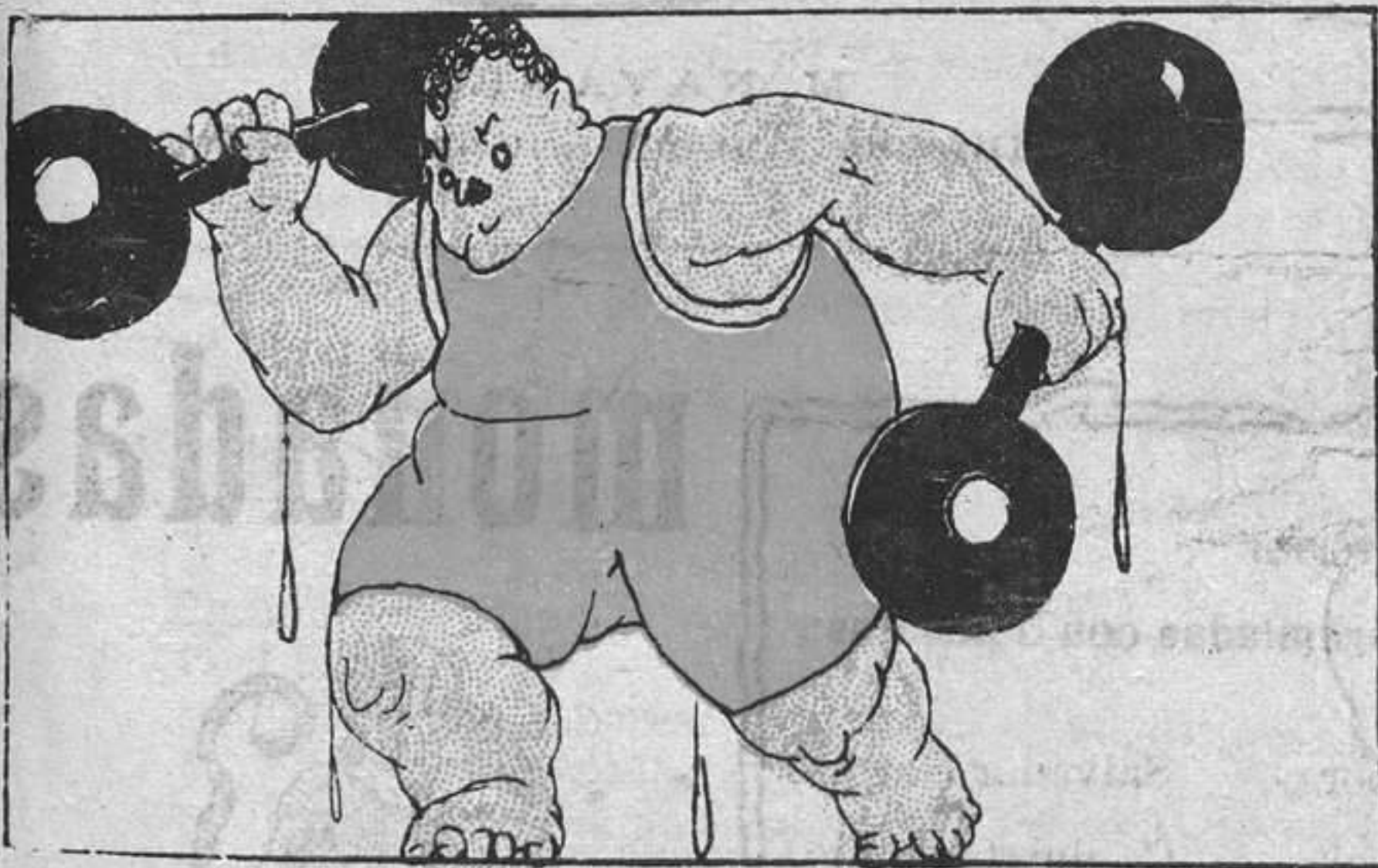
Con el fin de libertarle
deciden alimentarle.



Tan pronto se le alimenta
del peso el coche revienta.



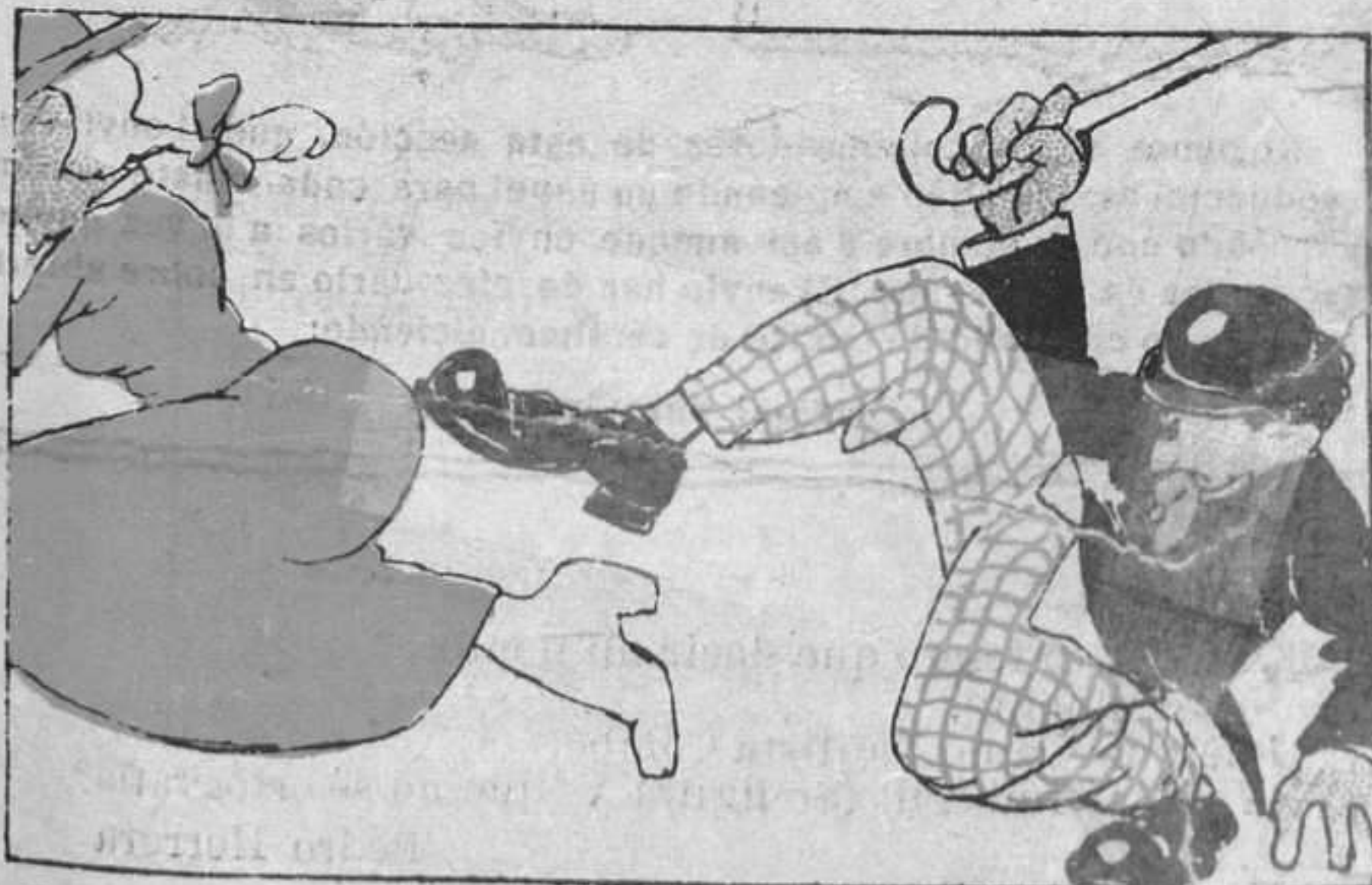
Queda Charlot afligido
del tamaño que ha adquirido.



Adelgazar necesita
y en gimnasia se ejercita



A fuer'a de haber sudado
adquiere su antiguo estado.



De su amiga caprichosa
toma venganza furiosa.



El médico por su parte
no llevó la peor parte.

Así a los perturbadores
paga Charlot los favores.

PAP'N

"CHARLOT"



CHARLES CHAPLIN

Carlitos Chaplin, el célebre Charlot, el que con su gracia y su rica bis cómica ha llegado a conquistar el sobre nombre de «El rey de la risa», es hoy el artista que más celebridad ha alcanzado en el ramo de cinematografía. Por el presente grabado podrán apreciar nuestros lectores su simpática fisonomía cuyos rasgos denotan una inteligencia poco común. Es de admirar que con solo la adición de un bigotillo, queda lo suficiente transformado para ir transmitiendo al espectador sus sentimientos de alegría o de tristeza, pero siempre en medio de un gran derroche de gracia. Charlot resulta un maravilloso remedio contra la tristeza y no digo contra la seriedad porque ante Charlot, la gente seria deja de serlo en el acto, con fundiéndose en unisona y estrepitosa carcajada las risas de chicos y grandes.



M. NAVARRETE (hijo)
conocido por el dibujante C. Rojo fundador del Semanario

Por eso se nos ocurrió la idea de publicar un periódico que contrarrestando estos malos tiempos de penas por que pasamos, llevará el buen humor a nuestros lectores, propagando la alegría entre cuantos lo lean. Hoy hace un año que apareció el primer número del semanario Charlot que tan buena acogida le dispensa el público y conmemorando su primer aniversario, publicamos este número extraordinario en su recuerdo. ¡Viva Charlot!



M. NAVARRETE
Director y propietario del semanario

Colmos y



Colaboraciones del número anterior

que han sido premiadas con 5 pesetas:

En la comisaría
Pretensión
Baturrada

por Salvador García
por C. del Carmelo
por Filomena Sedeño

monadas



Charlot irá publicando en cada número una de las más interesantes y breves producciones de cada uno de sus colaboradores, adjudicando tres premios, de 5 pesetas a las tres que más gusten a esta redacción. En los sobres de los originales, escríbase Charlot—Sección de Colmos y Monadas.

Todo autor premiado comprobará su identidad con una copia del primitivo original escrita y firmada con igual letra que éste.

NOTA.—No se devuelven los originales.

Rogamos a los colaboradores de esta sección, que al enviar sus producciones, lo hagan empleando un papel para cada chiste o colmo y firmado con su nombre y así aunque envíen varios a la vez queden separados de uno en uno. El envío han de efectuarlo en sobre abierto franqueado con sello de cuarto de céntimo, diciendo:

«Original para imprenta»

POR LA CEDULA

--Buenos días teñga usted.
--Despache usted que tengo prisa
--Al momento; yo quería mi cédula personal
--Está bien. ¿Como se llama Vd?

--¡Ah! ¿Pero tengo que decir mi nombre?
--Naturalmente.
--Pues me llamo Bautista Combé.
--¡Ya lo sé imbécil! ¿Se figura V. que no sé ortografía?
Pedro Herrera

¡BUEN CORTADOR!

Ante el Tribunal comparece un joven que, después de vivir de huésped sin pagar el pupillaje, concluyó por asesinar a los patrones, cortándoles la cabeza.

—¿Qué es usted?— pregunta el juez.

—Sastre.

—¿Sastre?

—Sí señor; me dedicaba a *cortar patrones*.

María Teresa

Un pobre diablo que estaba en la última miseria, consiguió colocar a su hijo en el Banco Municipal de Préstamos como ordenanza.

Algún tiempo después lo encuentra un amigo, que sabiendo muy bien lo crítico de su situación le pregunta:

—¿Y su hijo Carlos donde está?

—Está en el Montepío desde el mes pasado.

—¡Pero cómo! ¿También lo has empeñado?

Ben Joyec

EN EL CAFÉ

Un amigo hurano entra en el café, se acerca a la peña, y empieza a saludar quitándose el sombrero repetidas veces, y quedándose con él en la mano.

Los amigos admirados le preguntan sobre su extraño proceder, y él, les hace notar que en uno de los espejos hay un letrero que dice:

«Cubiertos, 2 pesetas».

Lohengrin

Mirando un rótulo de un escaparate lleno de abrigos que dice:

GUERRA AL FRIO

Un mirón.—¡Y pensar que yo tengo que permanecer neutral!

Luis Servitje

Al doctor R... le molesta mucho que le llamen de noche. La otra madrugada oye la campanilla y grita: ¿Quién va?

—¡Pronto doctor! mi hijo acaba de tragarse un ratoncillo.

—Pues bien, que se trague un gato... y déjeme V. en paz.

José Gibert

MÁSCARAS

En la alcoba de un enfermo que ha estado grave pasan a verle sus parientes y a la vez le preguntan que si los conoce. Hasta que el enfermo exclama: ¡Oye Jesualda (a su mujer) estamos en carnaval!

M. Sánchez Moraleda

UNAS BUENAS BOTAS

Un explorador que acaba de regresar de una expedición al Polo, visita su zapatero y le dice

—Me hace falta inmediatamente otro par de botas como las últimas que me hizo usted, pues salgo con otra expedición dentro de unos días.

—Muy bien, ya veo que las anteriores le resultaron a usted buenas.

—Riquísimas. Gracias a ellas no me morí de hambre entre los hielos.

Charles-Spleen

BIEN DICHO

En una casa viendo el señor que la criada levanta mucho polvo al barrer la dice:

—Riega antes de barrer y no levantarás tanto polvo.

—No hay agua, señor.

—Pues al menos si canta, canta el Himno de Riego.

E. Pata-coja

Dime con quién andas y te diré quién eres—solía repetir con frecuencia un arriero.

Pues andando tú con burros—le dijo un mesonero,—no hay que preguntar qué eres.

José Deharo

ADIVINANZA

¿A qué animal hay que entretenerlo para que no cambie de sexo?

Al burro para que no se-a-burra.

A. Tocino R.

DICHO Y HECHO

Dos domadores de fieras, marido y mujer, se separaron tiempo atrás para ganarse la vida cada uno por su lado.

Hace poco se reunieron, y el marido publicó el siguiente anuncio:

«Participo al respetable público que a consecuencia de la llegada de mi esposa, se ha aumentado la colección de fieras.»

C. Montalvo

EN EL COMEDOR

Uno.—Este queso de bola tiene buena cara ¿verdad?

Otro.—Los ojos por lo menos son hermosísimos.

Mariano Ferreiro

—Mamá, ¿cuántos años tengo?

—Diez, hija mía.

—¿Y tú?

—¿Yo?... Treinta y cuatro.

—¡Anda! ¿Yo uno más que el año pasado y tú uno menos?... ¡A ese paso llegare a ser mayor que tú!

Ri Ri

CHISTE

—Mañana hace un mes que nos casamos, ¿quieres que mate el gallo?

—¿Y qué culpa tiene el animal de lo que hicimos hace tanto tiempo?

Santiago Diaz Velázque

LA MEMORIA

Un hombre desmemoriado por completo apuntó en su cartera:

«Para que no se me olvide, recuerdo aquí que tengo que casarme al pasar por Aranjuez.»

Cuando emprendió el viaje, se dejó la cartera olvidada en su casa.

Cyrano

ADIVINANZA

¿Quién son los que toman mejor el café?

Los cocheros porque lo toman en su punto.

Por Angel Martín

CHISTE

Entre solteronas.

—¿Cuántos años tienes, Pilar?

—Quince.

—¿Cómo, si nacimos en el mismo año y yo tengo sesenta?

—¡Toma! pero como yo naci el veinte y nueve de Febrero, los cumplí cada cuatro años.

Tocateca

ENTRE AMIGOS

¿Has visto a D. Robustiano? Sí; ayer estuve con él y como sigue? tan robusto.

Por J. Sandoval

ES LÓGICO

Un forastero llegado al pueblo de C*** pregunta a un transeunte. ¿Tendría V. la bondad de indicarme la residencia del Sr. Alcalde? A lo que le contestó el buen hombre: Si V. no sabe donde vive el Sr. Alcalde es que él no se lo ha dicho y si él no se lo ha dicho es porque no quiere que vayais a verle y entonces no seré yo quien os lo diga.

Antonio Temprano

Cierto individuo oyó un sermón pero de muy lejos, y al salirse de la iglesia dijo del predicador:—El me ha hablado con las manos, y yo le he escuchado con los ojos.

Poncio Bagolta

BUEN ESTRENO

Dos labradores con la lectura de novelas de ladrones se entusiasmaron tanto, que acabaron por querer imitarles.

Al efecto uno de ellos robó un reloj y el otro una vaca.

Quiso su mala estrella que fueren cogidos y metidos en la carcel,

Después de burlarse largamente uno de otro, el de la vaca preguntó: Ahora que tienes reloj, ¿podrías decirme que hora es?

A lo que contestó el otro sin inmutarse: Pues es la hora de ir a ordeñar la vaca.

Fatty

PREGUNTA

¿Hace mucho calor en la Habana?

¡Figurate si hará, que las gallinas ponen los huevos frios!

Marcial Ríos

CHISTE

Preguntóle un ignorante que se las dá de muy vivo a Charlot que es muy guasón.

—¿Sabes que es equitativo?

Y contestole al instante:

—El que sabe equitación,

Corbella del Carmelo



¡Rin... rin...!—Quién?—Eres tú, querida primita... bién, bién, pero ya sabes que a mí esas cosas me dan mucho miedo...



Pero ante la perspectiva de pasar una agradable velada en compañía de su primita, se dirigió muy contento hacia la casa de su tío.



—¡Charlotito! ¡Rosita! ¡Se querían tanto! ¡Cuanto habían jugado cuando pequeños! Recordando esto, se abrazaron como unos primos.



Pero ahora ya eran grandes y su edad les exigía un poco de seriedad, y más, tratándose de concurrir a una sesión como la que trataba de celebrarse, en la que se iba a sondear el misterio de lo desconocido por medio del espiritismo.



De pronto sonó el timbre anunciando el regreso del tío que había ido en busca de los concurrentes, y al oír el tintineo exclamó Rosita:—Ya están ahí los médiums!



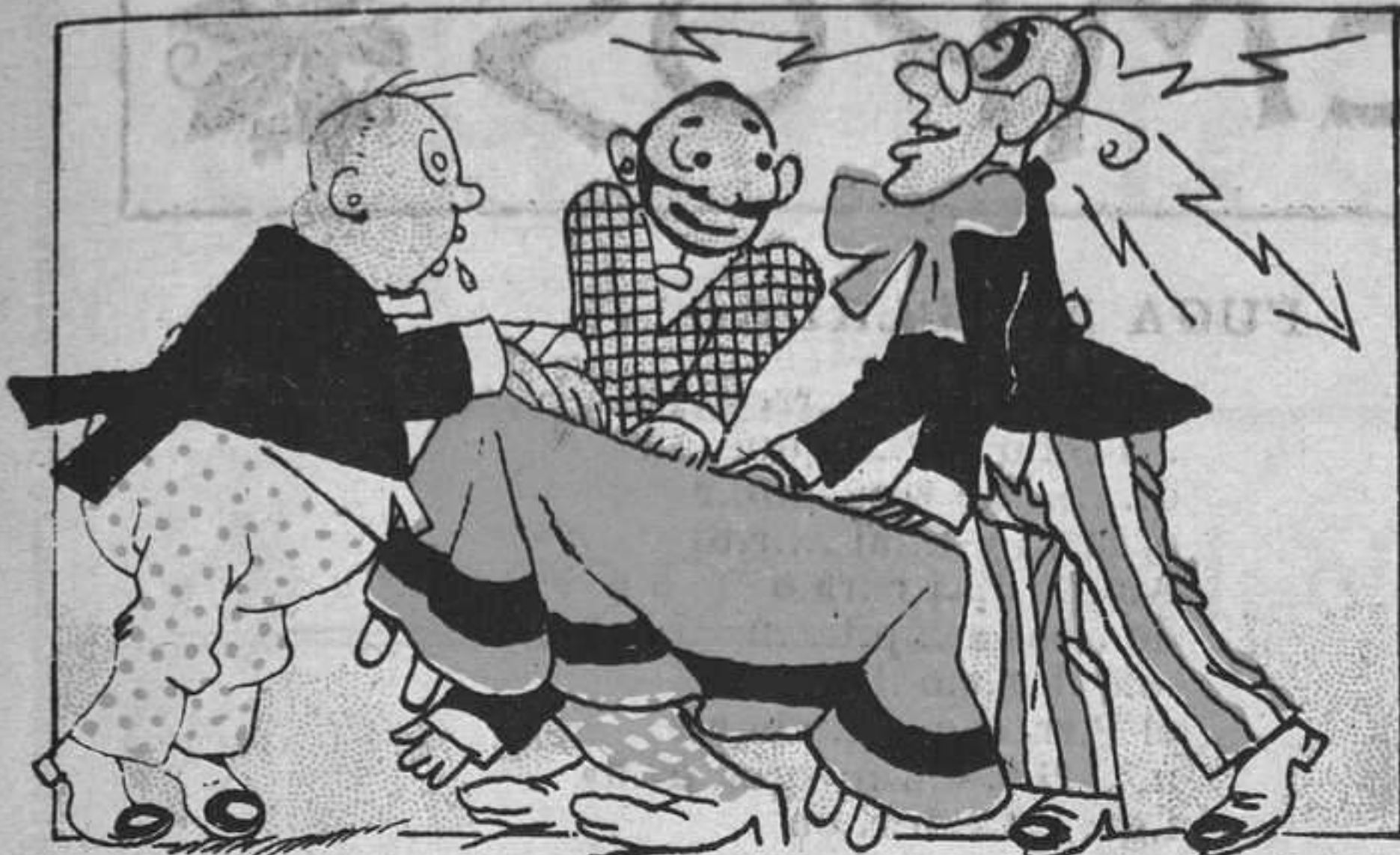
Pero a Charlot, que no sabía lo que sería aquello, se le apoderó tal pánico de su persona, que rápido como un conejo se escondió debajo de la mesa.



Ya estamos aquí. Rosita... entró diciendo el tío, cuyos pensamientos divagaban constantemente por las infinitas regiones de los etéreos elementos.



—Amigos míos—dijo el tío—antes de empezar, he de deciros que el buen principio es la base principal donde principalmente se basan los buenos empezamientos; así pues, empecemos por el principio.— ¡Todo es empezar! replicaron los otros.—Pues bien; ya sabéis que hay espíritus mezquinos, como también los hubo extraordinariamente grandes.



Invoquemos al más grande de todos — arguyó uno de los asistentes — Según quién sea, no va a haber aquí dentro — se atrevió a replicar el otro. Charlot no las tenía todas consigo.



— Calma, señores; nuestra indecisión ha dado lugar a que acudan varios espíritus al mismo tiempo y todos pugnan por querer ser el elegido. Escojamos uno. — ¿Cuál? ¿Cuál?



¡Detente, mesa agitada! Si bajo los pliegues de tu tapete ocultas el poder de tu flúido, responde a mi benévola llamada diciéndome quién eres!



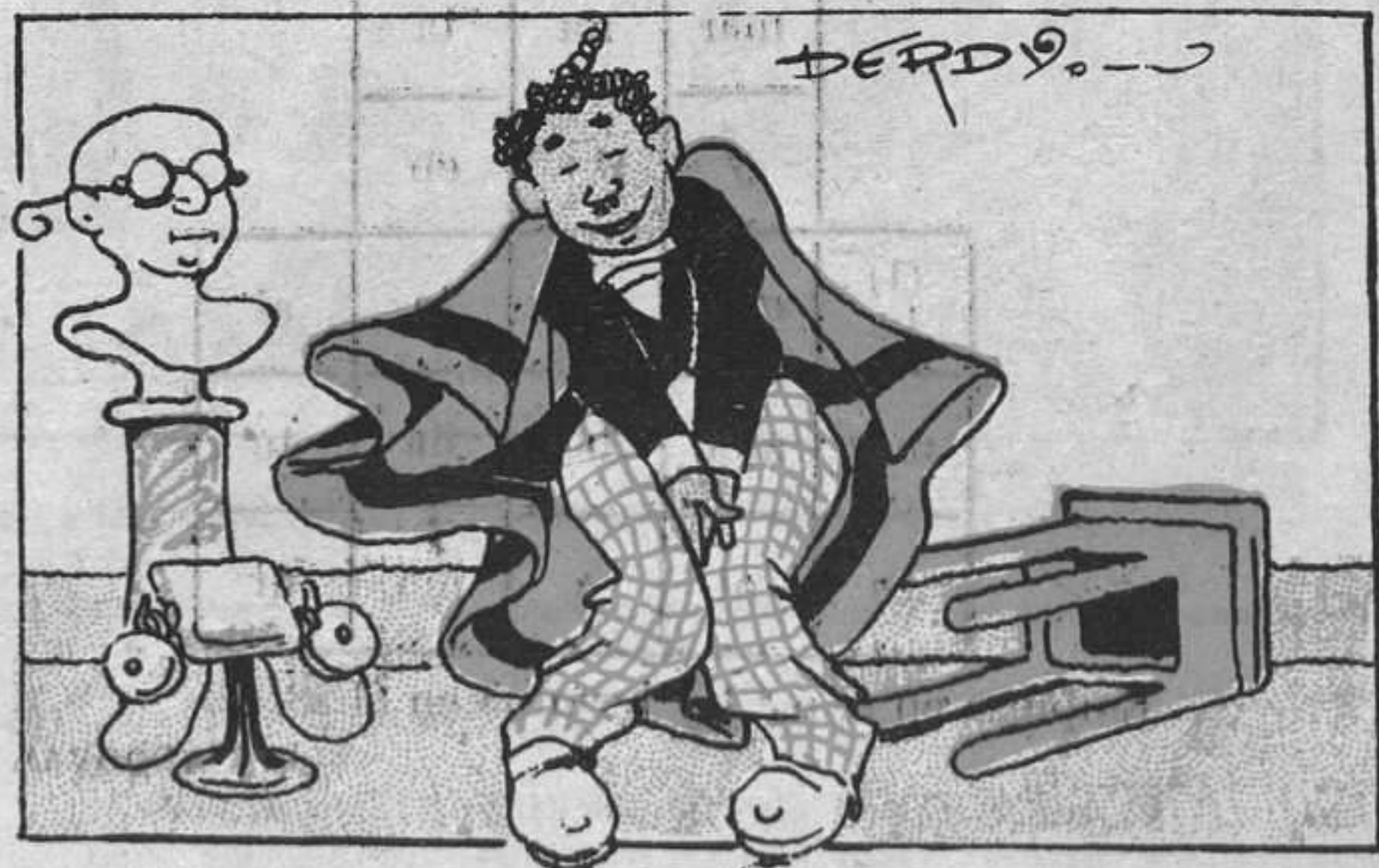
— ¿Quién eres? ¿Quién eres? preguntaban los tres al ver que era imposible detener la marcha de la mesa por más flúidos que le echaban encima. Y viendo charlot que había conseguido llegar hasta la calle...



Emprendió tan desaforada carrera que parecía en verdad poseído de un espíritu de mil demonios.



Y alzándose de pronto como si fuera un fantasma, se libró de sus perseguidores, que estupefactos, con un palmo de boca abierta, le seguían preguntando: ¿Quién eres? ¿Quién eres?



Y cuando al cabo de un rato se vió por fin Charlot en su casa, exclamó: — ¡Imbéciles! ¡Cómo querían que les dijera quien era, si los espíritus no tienen boca!



PASATIEMPOS



Soluciones de los juegos del núm. 52

Logogrifo. — Separaremos.
A certijo. — El humo.
Jeroglífico. — Estudiantes.

Fuga

Buscaba cierto pedante
un consonante a jumento
y no saliendo adelante
otro le dijo—excremento—
—¡Malhaya tu habladería!
gritó el pedante con mengua
—ha rató que lo tenía
en la punta de la lengua.

Charada

A C E R O

ACROSTICO

- * Para hacer chocolate
- * Imagen mitológica
- * para cortar leña
- * Pueblo de España
- * para sentarse
- * nombre de persona
- * para dormir
- * letras
- * en los zapatos
- * en las tormentas
- * verbo
- * en las tahonas
- * en las cerraduras
- * verbo.
- * en lo que acaba un pañuelo
- * lo que hace en invierno
- * para hacer harina
- * en un jorobado
- * asiento
- * en una chaqueta
- * en los cuarteles
- * en las pastelerías

Las 22 letras pertenecientes a las estrellitas, forman el título de la nueva publicación detectivesca.

José NISTAL

SALTO DE CABALLO

		al		
	er	chi	(28)	Flor
	en	si	ti	
	mar	na	ta	
	y	to	en	
(1)	que	se	ta	al
La				
mor	men	bo	ña	te
es	ni	a	mo	ni

Empieza en el n.º 1 y termina en el 28.

A. SANDOVAL

FUGA MEZCLADA

E.vi...nd. el ...r. a. Ga..
 .l Ga.o .. P...o ¡que ...!
 q..... de voz ...mb.r
 e. m.t. y f...al ...r.to
 A.c...o J...t.r .ra.o
 de ..bos a .. p.t....n
 .e.o .i .s.s.o .l.l...on
 el P.r.r. d.c..nd. «m.a.»
 n. .l G.t. c.n .u «g.a. g..u»
 l.gr. c.z... n r..on
 C.n.v...c.os d. .u y..ro
 p.d...r., am..s da...es
 el G..o m.y.r c..o an..s
 y .ull.. c.al :nt.s e. P.r.r.
 Jove .es.e s. al.. c.r.r.
 v..v.o a es..ch.r.l.s pr.p.io
 y el C.n tor....o en s.j.ic..
 d..o al G.t. — a.ur c.n.o..o
 c..a c.l a s. n.g.io
 q..e.o d.ci. a .u o.i.io

J. CABRERA

COMBINACION

EEEEEEENNTTTRRRROOOODSFUULLLL
MMJAAAAQCH

Con estas 37 letras formar un refrán.

MARINAS

CHARADA

Música de "El Carro del Sol"

I
 Primera-segunda-cinco
 sentado está en una silla
 en medio verde y florido
 jardín de preciosa villa
 en donde brilla la luz del día,
 demuestra su cara, llena
 de triste melancolía.
 Juguetes, caricias
 al niño no pueden dar
 la vida risueña
 que le conviene encontrar.

El padre, la madre
 al ver el semblante pálido de su amor.
 Le miran, y tristes suspiran
 con profunda pena y con el alma llena
 de dolor.

II

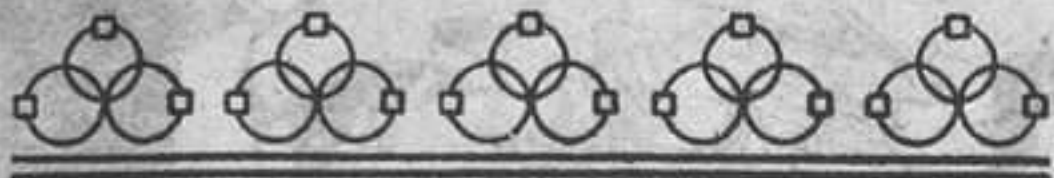
Un domingo por la tarde
 fué a verte *Prima-primera*,
 y un *segunda-cinco todo*
 amable *cuarta tercera*.
 De tal manera a él le agrada
 que al verlo soltó al instante
 franca y larga carcajada,
 CHARLOT con su gracia
 produjo su hilaridad
 y a un tiempo llevaba
 su dicha y felicidad.

Por suerte, la muerte
 desclava las garras de su mal humor.
 Se aleja, y alegre le deja
 y jamás olvida que le dió la vida
 el CHARLOT.

Y jamás olvida, que le dió la vida
 con gracia el CHARLOT.

F. ABER COLL

Talleres Gráficos SPORT VASCO, Muntaner, 7—Barcelona.



Solución del concurso del mes de febrero

CORRESPONDENCIA

P. Colorado: Se publicará el rompecabezas; lo demás no vá. J. Macia: Todo se recibe. P. Lanas: No vá. F. Codo: No publicamos esas cosas. Ella y El: Lo que envían ya lo habían enviado otros. P. Sorzano: Cuando envíe pasatiempos, envíe las soluciones. Luis Mesa: El chiste a que V. se refiere ya lo había enviado otro, y si no vió V. su nombre, es porque salió el del que lo había enviado primero. L. Velasco: No vá. R. Giménez: De lo que envía se publicarán dos, pero cuando les toque el turno. C. Serrano: Sentimos no poder dar cabida a su artículo, pues dado el corto número de páginas, nos impide salirnos de la norma actual. C. Lafuente: No ván. Rhin: Se aprovecharán dos. E. Castro: Ya lo han enviado otros. M. Sobron: No sirve. Jovive: Se reciben a centenares cada día; esto le dará la explicación. Fatty: Se publicarán.

Han enviado soluciones a los Pasatiempos anteriores:

Sherlokolmes, Panchito, L. Mesa, Ella y El, J. Nistal, Rhin, S. Díaz, B. Sánchez, F. Picó, J. Cecilia.

EPISODIO N.º 1

5 CTS.



Los Reyes del detectivismo.

El millonario James Jamas

Por Pedro Sánchez Bosqued



Una carcajada homérica lanzó Monago y el detective masculló un juramento...

Facsimil de la nueva publicación que
editará esta misma casa Charlot



Desayuno accidentado



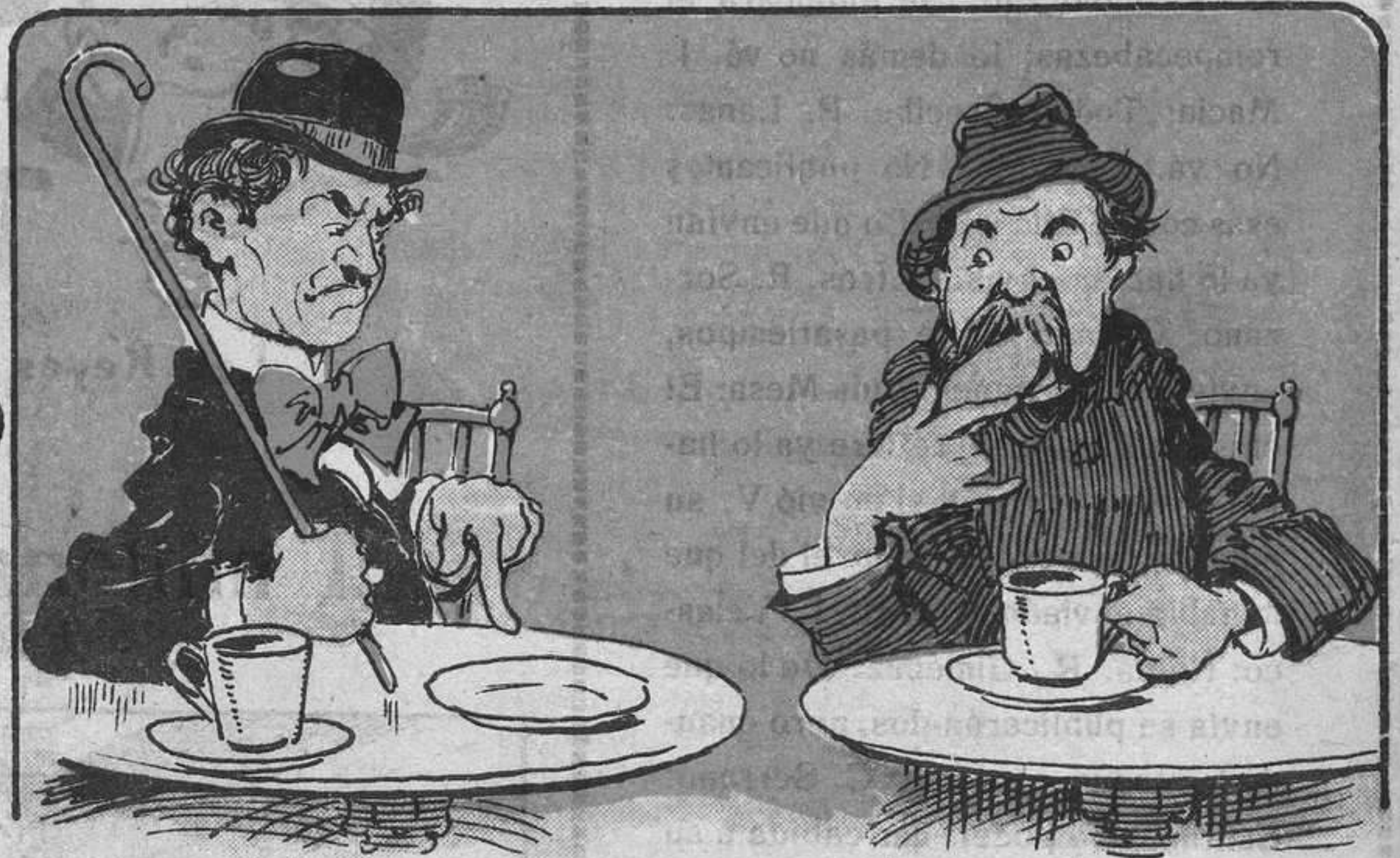
En un café se metió porque sentía apetito nuestro amigo Charlotito y un chocolate pidió.



En leer se entretenía Charlot, mientras se enfriaba; y el descuido aprovechaba un perrito que allí había.



Al cabo de poco rato de haberse puesto a leer, disponiase a comer y extendió la mano al plato.



Pero no encontrando nada y al ver el plato vacío dijo—Creo que ese tío se ha comido mi ensaimada.



—Se puede saber, señor, quién el sinvergüenza ha sido que mi bollo se ha comido? preguntaba con furor.



—Yo fui,—dijo con cinismo el perro, para calmar el tremendo catacismo.
—Ustedes en mi lugar hubieran hecho lo mismo.

Navarro